

ESTUDIOS HISTORICOS.



ISRAHIELA

ENRIQUE IV.

(Copia exacta del retrato que existe en el Museo de Madrid.)

25 de octubre de 1848.

TOMO VI. 28

LA PRINCESA DE CASTILLA

DOÑA JUANA.

LLAMADA COMUNMENTE

LA BELTRANEJA.

La inmarcesible gloria que acumularon sobre sí los reyes Católicos don Fernando y doña Isabel; la grandeza y prosperidad que su reinado atrajo sobre la nación española, tan trabajada y destruida al encargarse de su gobierno estos famosos príncipes; sus triunfos, sus conquistas y sus heroicas virtudes, hicieron á todos los historiadores olvidar el análisis escrupuloso de los acontecimientos que prepararon su advenimiento al poder, y ninguno se ha atrevido á decir que doña Isabel I subiese al trono por una usurpación, por un despojo violento de los derechos que asistían á la hija de su hermano. Tampoco yo me atreveré á asegurar de un modo positivo, que la legítima heredera de la corona de Castilla fuese la hija de don Enrique IV, á pesar de las grandes pruebas que resultan á su favor, y solo me limitaré á referir ligeramente los hechos que tuvieron relación con esta desgraciada princesa, para que el lector pueda juzgar de sus derechos á sentarse en el trono de España. Para esto es preciso recorrer con rapidez la historia del reinado de don Enrique IV, causa de la desgracia de su hija, y de la incertidumbre que aun existe sobre sus derechos.

Este reinado fué una de aquellas épocas extraordinarias y memorables, llenas de acontecimientos de toda especie, y todos fatales para la nación. El mismo monarca era una cosa extraordinaria, un ente indefinible, á quien con razón podía llamarse una contradicción viviente; porque en él se habían acumulado vicios y virtudes opuestas; su voluntad se decidía siempre en contradicción con sus convicciones, y su corazón se movía en dirección opuesta de su cabeza. Basta leer las descripciones que de su fisonomía y carácter hacen su coronista Enriquez del Castillo y Mariana, para convencerse de las contradicciones que se amontonaban en este monarca, al que llamaron *el impotente y el generoso*.

«Era persona de larga estatura, (dice Enriquez del Castillo) espeso en el cuerpo y de fuertes miembros; las manos grandes, los dedos largos y rícos; el aspecto feroz, casi de león semejante, cuyo acatamiento ponía temor en los que le miraban. Las narices muy romas y llanas, no de que así naciese, mas porque en su niñez recibió lision en ellas; los ojos garzos y los párpados encarnizados, donde ponía la vista mucho le duraba el mirar. La cabeza grande y redonda, la frente muy ancha, las sobrecejas altas, las sienes sumidas, las quijadas luengas y tendidas á la parte de yuso, los dientes ásperos, la cabellera roja, la barba crecida y pocas veces afeitada, la tez de la cara entre rojo y moreno; las carnes muy blandas; las piernas luengas y bien entalladas, los pies á las plantas muy corvos, los calcaños voltados á fuera. Era de singular ingenio, y de gran apariencia, príncipe bien razonado, mesurado y honesto en su hablar, placentero con aquellos á quien se daba, compañía de muy pocos le placía, toda conversacion de grandes le daba pena, apartábase mucho de los generosos y grandes, á los pueblos pocas veces se mostraba. Huía de los negocios, despachábalos muy tarde. Era irascible y mal inclinado á consejo, flojo en las ejecuciones, hombre de poca firmeza y mal reposo. Enemigo de los escándalos, bullicioso de

secreto, acelerado, y manso muy presto. Temeroso á natura, sospechoso de continuo. El tono de su voz muy dulce y bien proporcionado, todo canto triste le daba deleite, preciábase de cantores y con ellos cantar á menudo; estaba siempre retraído; tañía dulcemente el laud, sentía bien de la perfección de la música, los instrumentos della mucho le placían. Era gran cazador de todo género de animales, su mayor deporte andar por los montes, y en ellos hacer grandes edificios. En sitios cerrados diversas maneras de bestias tenía, y hacia en ellas grandes espensas. Grande edificador de templos, dado á los religiosos, labraba ricas moradas, y en ellas grandes fortalezas. Era señor de grandes tesoros, codicioso y muy allegador de ellos, príncipe de mucha clemencia, piadoso á los enfermos, caritativo de secreto, dadivoso sin provecho, mas prodigo que magnifico, rey sin alguna ufana, enemigo de los hombres comunes y livianos, empachado con los grandes. En su vestir muy honesto, las ropas de paño de lana, el traje de ellos sayos luengos, capuces y capas, su continuo calzado borceguies y zapatos encima. De sí mismo hacia poca estima, las insignias y ceremonias reales todas cesaron en sus dias, fiestas y aparatos jamás le placían. Su comer destemplado, su beber, agua. Los deleites de la carne mucho le señoreaban, nunca su voluntad refrenaba. Padecía dolor de muelas, y á tiempos mal en la hijada, sangrábase á menudo. Era gran ecabalgador de la gineta, tanto que á su ejemplo los de su reino conformados, la polidez de la gente de armas perdieron. Tenia muchos privados y hacíalos grandes hombres, las dádivas de aquestos fueron sin medida, las promesas mayores; de guisa que sus mercedes no se vieron agradecidas; y así fueron sus placeres pocos, los enojos muchos, los cuidados grandes y el reposo ninguno.»

Debe añadirse á lo de Castillo, el que á pesar de su contestura fuerte y robusta, se le tuvo en la opinión general por impotente; y sin embargo fué desenfrenadísimo en los placeres carnales, hasta tal extremo que llegó á destruir su salud. Odiaba á los grandes, y á pesar de esta circunstancia, siempre estuvo entregado al capricho de los privados que le rodeaban, y señaladamente al de don Juan Pacheco, marqués de Villena, causa principal de todas sus desgracias. Era naturalmente ambicioso y amigo de allegar grandes tesoros, y al mismo tiempo tan despilfarradamente liberal, que su corona cuasi llegó á desaparecer en fuerza de tantas y tan cuantiosas dádivas y mercedes como repartió entre los caballeros, que en la debilidad del monarca habían encontrado un medio de enriquecerse y lo explotaron. No carecía de talento y suspicacia, y siempre se dejaba engañar y conducir como un niño, y siempre en deshonra suya y menoscabo de la nación. Pero sobre todo, era un rey tan sin decisión y carácter, tan fácil de disuadir, que jamás hizo en los negocios del gobierno sino lo que en su daño le aconsejaban. Con este carácter, claro es que no podía causar mas que males, y á su hija la princesa doña Juana se los causó gravísimos, le hizo perder la corona de Castilla.

Don Enrique IV de este nombre, había casado siendo príncipe, con doña Blanca, hija de don Juan II de Aragón, con quien no logró tener sucesión después de doce años de matrimonio. Cansado de la compañía de esta noble y virtuosa señora, so el ridículo pretexto de que por algun hecho no podía tener parte con ella, la repudió, contribuyendo mucho á este mal paso, y pronunciando la sentencia el arzobispo de Toledo, don Alfonso Carrillo, por comisión del sumo pontífice Nicolás V, el mismo año en que fué decapitado el famoso condestable don Alvaro de Luna; esto es, en el de 1453.

Al año siguiente (1454) murió su padre don Juan II de Castilla, y al momento que entró á reinar hizo pre-

sente á los caballeros y grandes de su corte, cuánto importaba que se casase para asegurar la sucesión de los reinos, indicándole al mismo tiempo su elección hecha en doña Juana, hija del rey don Eduardo de Portugal, que era tenida entonces por una de las mas hermosas princesas del mundo, y que en efecto, era de una singular belleza. Los grandes, los prelados y procuradores del reino consintieron gustosos en esta boda, cuyos contratos fueron firmados por el rey en 22 de enero de 1433. Estaba el rey tan apasionado de esta infanta, que la pidió sin dote, y dándole ademas muchas ciudades y villas. Concluidos los preparativos, fué enviado don Juan de Guzman, duque de Medina-Sidonia, á recibirla á Burgos, hasta donde la acompañaron los condes de Atenguia. Desde allí, en medio de los festejos y aclamaciones de un pueblo entusiasmado á vista de su hermosa y jóven soberana, se dirigió á Córdoba, donde estaba el rey, con el cual la desposó don Alonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, y al tercer día, que fué el 21 de mayo, los veló el arzobispo de Tours, que entonces seguía la corte del rey de España.

No se pensaba en otra cosa que en obsequios y festejos, con que tanto los grandes como las ciudades por donde pasaban, procuraban complacer á la nueva reina, y puede decirse que en medio de una no interrumpida ovación llegaron á Madrid, donde el rey dió el primer paso en sus desgracias, y abrió la puerta á los desagradables acontecimientos que acabaron el resto de su vida: El arzobispo de Sevilla que habia acompañado á los reyes hasta Madrid, quiso tambien obsequiarlos dándoles una magnífica cena, en la que por último plato presentó dos grandes bandejas de anillos de oro adornados de riquísimas piedras preciosas, para que la reina y sus damas eligiesen el que mejor les pareciese. La casualidad, ó mas bien la inconstancia y liviandad de don Enrique, hizo que allí pusiese sus ojos en una de las damas de la reina llamada doña Guiomar, que aunque muy inferior á la reina en hermosura, era sin embargo de singular presencia, de hermoso parecer y en extremo agraciada. No tardó mucho en estrechar con ella sus relaciones amorosas, con las cuales enorgullecida la nueva favorita, comenzó á tratar á todos con desprecio, y hasta se atrevió á faltar á la mesura y acatamiento debidos á su reina y señora. En consecuencia, los escándalos se sucedieron unos á otros, y doña Juana justamente irritada, llegó á poner violentamente las manos en su orgullosa rival. Mucho enojo recibió don Enrique con este desmán; pero se contentó con quitar á doña Guiomar del lado de la reina, y en un lugar á dos leguas de Madrid, la puso casa y estado de gran señora, y gentes de autoridad que la sirviesen y acompañasen, y allí iba él con sobrada frecuencia á visitarla.

Tenia el rey al mismo tiempo mucha deferencia por el marqués de Villena don Juan Pacheco, hombre entendido en los negocios de gobierno; pero desmesuradamente ambicioso, de corazon fementido, de intenciones malignas y de un carácter tan bullicioso y enredador, que habia en adelante de comprometer altamente la corona de España, y causar gravísimos males al que entonces le tenía por su mas íntimo amigo y privado. Con estos elementos era consiguiente que los cortesanos, los que siempre espían las ocasiones de medrar á la sombra de las debilidades de los reyes, comenzasen á adherirse unos á la reina, otros al privado, y no pocos á la favorita; y de aquí tomaron origen las parcialidades y bandos que tan recia y crudamente se pelearon durante el reinado de este monarca.

Pocos han comenzado con mejores auspicios que el de don Enrique IV. Tenia paz y prosperidad en el interior, su nombre era acatado y respetado en el extranjero y habia salido victorioso en sus primeras empresas

contra los moros de Granada, de quienes consiguió á menos que no se atreviesen á incomodarle. Todo, en fin parecia sonreír al lado de este monarca, todo anunciaba su futura felicidad; pero todo desapareció, todo lo envenenaron su carácter y los hombres de quienes se rodeaba, á quienes engrandecía y hacia poderosos para que minasen y destruyesen su poder. Ya estaba enteramente entregado á don Beltrán de la Cueva, que habia de dar al traste con su honor; al arzobispo de Toledo, lea inextinguible de discordia; y principalmente al marqués de Villena, que habia de ser la intriga y mala fe personificada, y que habia de envenenar sus dias y los de toda la real familia, siendo muy esacto lo que dice una quintilla puesta al fin de la crónica manuscrita de Enriquez del Castillo:

Fué un rey lleno de afán,
De mil congojas cercado,
Fuera bienaventurado
Si lo dejara don Juan
Pacheco su gran privado.

Pero ademas, el rey abria los cimientos de su desgracia abandonando los negocios del reino á sus favoritos, y entregándose él á locos y escandalosos amores. Cansado de doña Catalina Sandoval, con quien habia llamado no poco la atención, permitió que otro caballero, públicamente la sirviese, y luego so pretexto de una reforma, la nombró abadesa del convento de las dueñas de San Pedro de Toledo, ridiculo encargo y destino bien poco á propósito para la querida de un rey; y se entregó enteramente á doña Guiomar de Castro, señora tan poco honesta, que al mismo tiempo con el mayor cinismo recibia los obsequios de don Alonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla.

Con tan mal proceder y ejemplo de parte del rey, nada tenia de extraño que buscase vengarse de tan públicos agravios, y comenzase tambien á faltar á sus deberes la reina, que escasamente contaba diez y siete años, que era una de las bellezas mas celebradas de su época, y que se veía casada con un hombre, si no impotente por naturaleza, al menos enteramente destruido por el vicio, y á pesar de esto, tan loca y escandalosamente entregado á otros amores. El primero que se atrevió á tentar su virtud fué el orgulloso marqués de Villena; pero doña Juana le despreció, inclinándose mas á don Beltrán de la Cueva, que ya entonces era mayordomo de la real casa y muy favorecido del rey. La desmesurada ambición y amor propio del marqués, se irritaron con la repulsa de la reina, y concibió un odio terrible contra un rival que ya casi le igualaba en el favor de don Enrique, que le arrebatava el amor de doña Juana, y por consecuencia no tardaria en despojarle de la privanza. Juró, pues, aniquilarle, vengándose al mismo tiempo de la reina, cuyo honor iba á quedar mancillado para siempre.

Ocho años hacia ya que doña Juana estaba casada con el rey de Castilla, cuando hallándose en Aranda de Duero, se conoció evidentemente que estaba embarazada. La alegría de don Enrique cuando supo esta novedad, fué extraordinaria, tanto por el orgullo de ver desmentida la opinion comun que de su impotencia se tenia, cuanto por dejar sucesor y heredero de su corona, y así al volver de Logroño se detuvo algun tiempo con su esposa, haciéndole en albricias donacion de aquella villa de Aranda.

Los negocios del reino y las instancias del marqués de Villena, le obligaron á pasar á Madrid para arreglar algunos asuntos de importancia, quedando la reina en Aranda. Pasado algun tiempo, envió á Rodrigo de Marchena, con muy lucido acompañamiento, para que la trajese con mucho cuidado á la corte, donde fué reci-

bida como en triunfo. Su esposo para mas honrarla y mostrar su contento, salió á recibirla á alguna distancia de la villa, montado en una mula ricamente enjaezada, á cuyas ancas pusieron á la reina, y así la llevó hasta el alcázar, y aun que ahora esto nos parezca poco fino, y hasta ridiculo, entonces era una demostracion de cariño tal, que todos los historiadores de aquella época, la ponderan por estas palabras: *mostrando en esto tanta fineza y amor por su esposa, que con ninguna distincion y honra se habia visto la reina tan ensalzada y aplaudida.*

Continuó en Madrid sumamente cuidada y querida de don Enrique, respetada de la grandeza y festejada y victoreada por el pueblo, y á mediados de marzo del año 1462, dió á luz con toda felicidad una niña, que á los ocho días fué solemnemente bautizada en la capilla del real palacio, por el arzobispo de Toledo, con asistencia de los obispos de Calahorra, Cartagena y Osma y de muy lucida y numerosa grandeza. Fueron sus padrinos el embajador de Francia, conde de Armeñac, y don Juan Pacheco, marqués de Villena; y madrina, su tia la infanta doña Isabel. La pusieron por nombre Juana como á su madre, y mas adelante por su carácter dulce y bondadoso, por su conformidad y virtudes, la intitularon la

Enrique, lejos de darse por sentido, estrechó mas su amistad con don Beltran, poniéndole al frente de la cámara de la reina, nombrándolo su mayordomo mayor, y dándole el titulo de conde de Ledesma. Pero el veneno ya estaba derramado, la duda sobre la legitimidad de aquella niña ya estaba suscitada, mas adelante produjo su efecto de un modo terrible.

II.

Deseoso don Enrique de asegurar el porvenir de su hija, y tal vez con ánimo de conocer el efecto que habia producido en la nacion la acusacion lanzada contra su esposa, á los dos meses mandó reunir córtes en Madrid, para que jurasen á su hija como princesa heredera de los reinos de Castilla. Los primeros que la juraron y rindieron pleito homenaje, fueron los dos infantes hermanos del rey, don Alonso y doña Isabel, y lo mismo hicieron los tres estados del reino; pero no sin ninguna contradiccion, como dice el padre Florez en sus Reinas católicas; sino ya con una oposicion grande, pues como asegura Valera: *algunos lo hicieron mas por temor que por voluntad, como fuesen ciertos aquella no ser hija del rey; otros no lo quisieron hacer; y algunos hicieron reclamacion del juramento, entre los cuales, como quiera que á don Luis de la Cerda conde de Medinaceli fueron prometidos mil vasallos porque la jurase por princesa, nunca lo quiso hacer.* ¡Tanto terreno habia ganado ya la maledicencia! ¡Tan de cierto se creia la infidelidad de doña Juana y la impotencia del rey!

Por desgracia la conducta de la reina no tardó en dar motivo para que el rumor vertido sobre su honra se convirtiese en una cosa puesta ya fuera de toda duda; porque lejos de tratar de desmentirlo con una conducta intachable, se desenfrenó mucho mas en sus amores, y el vulgo siempre inclinado á siniestras interpretaciones, convirtió en mayor descrédito suyo un acontecimiento verdaderamente extraordinario, y que parecia increíble si no lo hubieran confirmado todos los escritores de aquella época.

Mientras el rey se dirigia á la frontera para tener una entrevista con el monarca de Aragon, se habia quedado la reina en su villa de Aranda, y hallándose en la cama en disposicion que un rayo de sol la daba en la cabeza, de repente comenzaron á arder sus cabellos con tanta fuerza, que sin duda hubiera muerto abrasada, si las damas que la asistían, asustadas por sus gritos, no acudieran pronto á socorrerla. Apagado su cabello se vió que no habia sufrido daño notable; pero se sobrecojió y asustó tanto, que aquel mismo día malparió un niño, lo cual conturbó muchísimo al rey, y dió infinito que hablar en todo el reino. Cada uno interpretó el suceso á su modo; pero la generalidad se confirmaron en la opinion que de la poca honestidad de la reina se tenia.

Despues de este acontecimiento; vuelto el rey de su viage, se fué con su esposa á Segovia y Madrid, y despues á Guadalajara para celebrar el casamiento de don Beltran de la Cueva con la hija mayor del marqués de Santillana. Las bodas, tanto por honrarlas los reyes con su presencia, como por el portentoso lujo y cuantiosos gastos que en ellas se hicieron, llamaron la atencion de todo el mundo, pero mas particularmente del vengativo marqués de Villena, que ardia de cólera al ver los favores y prosperidades que llovian sobre su rival, mucho mas cuando por aquellos dias llegaron las bulas pontificias confirmando á don Beltran en el nombramiento de maestre de Santiago, que le habia dado el rey como regalo de boda. Entonces ya no pudo resistir mas, y sabiendo que los grandes todos participaban de su envidia contra el nuevo maestre y se quejaban del



DOÑA JUANA DE PORTUGAL, SEGUNDA MUJER DE ENRIQUE IV.

Escelente señora; pero mas que todo, fué posteriormente conocida por el apodo de la Beltraneja, á causa de un rumor maligno que se hizo correr al tiempo de su nacimiento, apoyado en la idea que se tenia de la impotencia del rey, y por lo cual decían que era hija de don Beltran de la Cueva. Este rumor fué indudablemente esparcido por el marqués de Villena para vengarse y perder á la reina y á don Beltran. Mas por entonces nada consiguió, y su rabia y sus celos crecieron de punto al ver que don

(1) Este retrato es copia exacta del que existe en el Museo.

abandono del rey, los concitó contra él y comenzó á hacerle la guerra á cara descubierta para envolverle tambien en su venganza. Dos veces en Segovia intentó apoderarse de la persona de don Enrique á mano armada, y aunque las dos veces se frustró su atrevida traicion, no por esto desistió de su empresa, apoyado en la flojedad del rey, que á pesar de tener pruebas tan evidentes de su mala fé y deslealtad, no solo no le castigaba como debiera, sino que no sabia separarle de su lado.

Estremadamente artero, y estimulado por pasiones tan vehementes como los celos, la ambicion, y el deseo de venganza, comenzó á valerse de los medios mas viles para indisponer á los grandes con el rey. A este que para todo le consultaba, le decia que los prendiese por sediciosos, al mismo tiempo que á ellos les avisaba la intencion del rey para que se pusiesen en salvo. Con cualquiera motivo, ó con un pretexto que inventaba, se apoderaba á mano armada ó por traicion de un castillo, de una villa, de una ciudad, y despues hacia que el monarca le diese posesion de lo que habia usurpado. Este método le dió un poder tal, que ya creyó estaba en el caso de luchar frente con su señor natural, y despues de haberle aconsejado que desistiese del auxilio que habia prometido á los aragoneses, sublevados para vengar la muerte del desgraciado principe don Carlos de Viana, reunió algunos grandes y los decidió á dar el primer grito de rebelion. El primero fué don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, que en Valladolid levantó pendones por el infante don Alonso que á la sazón tenia solo once años.

Al punto corrió toda la nacion á las armas; muchos grandes, entre los que se contaba el arzobispo de Toledo, fueron á engrosar las filas de los rebeldes; pero la mayor parte aun fueron fieles á don Enrique, que reunido un ejército, que segun los historiadores se aproximaba á cien mil combatientes, marchó contra Valladolid. Es indudable que si el rey hubiera seguido entonces el parecer de sus amigos, y señaladamente el de don Lope de Barrientos que le instaban para que los atacase y destruyese castigando su deslealtad, el poder real se hubiera afirmado para siempre. Pero la voz del marqués de Villena era para el rey como el canto de la sirena, ó como el llanto del cocodrilo que atrae para devorar. Logró en medio de tanto apuro, que don Enrique se prestase á tener con él una conferencia, que se verificó entre Cabezon y Cigales, siendo tanta su maña y tanta la debilidad del rey, que consiguió que los que estaban para ser vencidos y castigados como rebeldes, impusiesen condiciones á los que tenían la razon, la fuerza material, y todas las probabilidades de ser vencedores. El débil monarca con notable menoscabo de su autoridad y completa destruccion de los derechos de su hija doña Juana, convino en que la persona del infante don Alonso quedase en poder de los caballeros rebeldes; que este fuese jurado principe heredero, con tal que prometiese por su parte casarse con la princesa, y que don Beltran de la Cueva renunciaria en favor del nuevo principe el maestrazgo de Santiago. En consecuencia de estas condiciones, don Alonso fué entregado á los caballeros y jurado principe heredero de la corona de España en el mismo sitio donde el dia anterior habia sido la conferencia. Tambien don Beltran de la Cueva renunció el maestrazgo de Santiago, principal ganancia que el de Villena se habia propuesto sacar de aquella intriga; porque con quitarla á su adversario no solo conseguia debilitar su prestigio, poder y riqueza, sino que tenia una dignidad mas á que aspirar su ambicion insaciable.

Mas á pesar de haber sacado tanto partido de una posicion en que no debia esperar mas que perder la cabeza, no quedó completamente satisfecho, porque no conseguia arruinar del todo á don Beltran, á quien el

rey, para indemnizarle de la pérdida del maestrazgo de Santiago que renunciaba, le nombró duque de Alburquerque, dándole no solo la villa de este nombre, sino tambien las de Cuellar, Roa, Molina y Atienza, y ademas cuantiosos juros en Andalucia, de modo que lejos de disminuir, aumentó sus titulos y riqueza. Desesperado el de Villena, y olvidado de lo convenido y jurado en la última entrevista, volvió á reunir á los rebeldes en Plasencia, y proclamó á don Alonso rey de Castilla. Desde alli se dirigieron á Avila, y para dar mas fuerza á su infame traicion formaron autos públicos contra don Enrique, en los cuales se le hicieron atroces y calumniosos cargos, y le declararon destituido de la dignidad real. Pronunciada la sentencia, hicieron una estatua del rey don Enrique, y en público cadalso le degradaron, levantando pendones por don Alonso, y proclamándole rey en lugar de su hermano, quien decian estar ya de puesto y envilecido. Esto último era por desgracia muy exacto, porque le habian deshonrado, habian ultrajado feamente su persona, y habian desconocido enteramente su autoridad. No es posible concebir hasta el punto que la audacia de los rebeldes habia llegado; pero dá



DOÑA JUANA, LLAMADA LA BELTRANEJA. (1)

una idea, el que habiendo en aquellas circunstancias enviado un mensajero á requerir á don Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, para que le cumpliera la palabra que habia empeñado de que se le uniria y ayudaria con sus gentes y autoridad, el turbulento prelado tuvo la osadia de contestarle por el mismo mensajero: *Id, y decid á vuestro rey que estoy harto de él y de sus cosas; que agora se verá el verdadero rey de Castilla.* Pero ¡oh menzuga de la dignidad real! Un monarca que contaba con grandes tesoros, y con muchos leales servidores, no se

(1) Este retrato es copia exacta del que existe en el Museo.

atrevió á castigar el desacato cometido por el arzobispo de Toledo, ni la traición de los nobles.

En medio de esto no desconocía que la causa de todos aquellos males era su debilidad, no ignoraba el daño que causaba á sí mismo y á los derechos de su hija, puesto que hablando públicamente en su consejo reunido en Madrid, y tratando de lo que había permitido con su hermano don Alonso, decía: *Plugome de lo dar, é así entregado e jurado con tanto perjuicio de mi honra e de la justicia de mi hija*, en las cuales palabras prueba que conocía muy bien lo que hacía; pero por una fatalidad inconcebible obraba siempre contra su convicción.

Sin embargo, las cosas llegaron á un punto tal, que le fué necesario salir de tanta apatía para defender la corona y la vida. Había ordenado que la reina con la infanta doña Isabel residiesen en la Mota de Medina, y que su hija quedase en el alcázar de Segovia, bajo la custodia de su alcaide Perucho de Monjaraz. Mas entonces era tan inminente el riesgo, que quiso reunirlos á su lado, y él mismo en persona fué á Medina, y llevó consigo á las dos augustas señoras á Salamanca, enviando al mismo tiempo dos capitanes con trescientos caballos á Segovia, para que con toda seguridad condujesen á doña Juana á Zamora. Los de esta ciudad la recibieron bajo palio con mucho entusiasmo y reverencia, victoreándola sin cesar como á la única y legítima heredera de la corona. La vista de la hija despertó algún tanto el amor de padre y el honor de rey; hizo llamamiento de gentes, envió á su esposa con su hermana á Portugal para pedir socorro, como lo tenía pactado de antemano con el rey su cuñado, y se puso al frente de sus tropas para ir decididamente contra los rebeldes. Alentados con este ejemplo sus parciales, se prepararon á la guerra, y muy pronto reunió fuerzas superiores á las de los sublevados. Los leales manifestaron decisión y entusiasmo, pues para vengar en algún modo la ofensa que en Avila se hiciera á don Enrique, formaron en Simancas una estatua figurando al arzobispo de Toledo, y despues de haberla paseado por las calles llenándola de insultos y de ultrajes llamándole el segundo don Opas, el traidor y destruidor de España, la sacaron y quemaron á vista del campo de los caballeros.

Quiso entonces el rey que volviese su hija á Simancas, donde se reunieron también la reina y la infanta doña Isabel, que volvían de Portugal sin haber conseguido lo que fueran á solicitar, aunque para nada en verdad necesitaba don Enrique el auxilio del portugués, puesto que le sobraban fuerzas para atacar y destruir á los sublevados; y la mejor prueba de esta verdad es que el de Villena recurrió al medio seguro de su triunfo, al de engañar al rey, inclinándole á una entrevista. Se verificó esta con el resultado que siempre; el rey accedió sin dificultad á lo que sus contrarios quisieron, que fué que desbaratase su ejército y despidiese los soldados, prometiéndole ellos en cambio que le darian la obediencia y no volverían á dárle el título de rey á don Alfonso. Por segunda vez consintió don Enrique en malograr los cuantiosos gastos que había hecho para aprestar sus tropas, y se despojó voluntariamente de su fuerza material y de su prestigio sin fruto alguno; pues además de patentizar su debilidad y su ningún carácter, dejaba en pie los elementos de rebelión, impunes á los sublevados, y á don Alfonso en poder de los contrarios. ¿No parece en verdad extraordinario que el marqués de Villena quedase no solo impune despues de tantas traiciones, sino que volviese á recobrar su prianza con un monarca por él tan ultrajado? Sin embargo, esto es lo cierto; don Juan Pacheco, siempre quedaba dueño de la voluntad del rey, que parecía tener encadenada y envuelta en redes indestructibles. ¡Hasta tal punto se puede abusar de un hombre sin resolución ni carácter!

III.

No podía darse para esta desgraciada nación un estado mas calamitoso; el rey hecho juguete de su debilidad esplotada por el de Villena, apenas conservaba mas que el nombre de tal; los grandes desatadas sus pasiones se peleaban entre sí, y sacudían á su antojo el yugo de la autoridad real; el arzobispo de Toledo olvidado de su estado y condicion, hacia cuanto se le antojaba, y el de Villena siempre rastrero y engañador, se apoderaba de cuantas villas y ciudades se antojaban á su ambicion.

Como había sucedido en las anteriores, la entrevista última, habiendo dejado en pie todos los elementos de discordia, no produjo ningún resultado favorable. En 1467, otra vez tuvo don Enrique que ponerse en defensa contra los partidarios de su hermano, y aunque muy menoscabado su poder, aun contaba con medios de triunfo; pero arrastrado siempre por la fatalidad de su carácter, nada hacia sin comprometerse, sin pasar por alguna condicion humillante. Para hacer frente á sus enemigos, llamó en su auxilio al marqués de Santillana, que efectivamente vino á Segovia con quinientos caballos; pero hizo alto en la aldea de San Cristóbal cerca de dicha ciudad, y desde allí exigió que le entregase en rehenes la persona de la princesa doña Juana, su hija. A par del alma sintió don Enrique esta exigencia, pero no pudo resistir, y él mismo llevó á su hija á lo alto del puerto donde la entregó al marqués que había salido allí á recibirla, y que en el acto la entregó á su hermano don Inigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, para que en su fortaleza de Buitrago, la tuviese á gran guarda.

Desde este momento, la princesa doña Juana, no era ya mas que una prisionera, y un elemento mas de poder y de discordia en manos de los grandes; pero por fortuna, sus pocos años no le permitían aun conocer lo crítico de su situación, ni las intrigas que en daño suyo se ponían en juego. Entre tanto, don Juan Pacheco apuraba cuantos medios estaban á su alcance para realizar los planes de su ambicion, y hacia que en el capitulo que los treces de Santiago celebraban en Toledo, le nombrasen gran maestre de la orden, por cuya dignidad había vendido y comprometido al rey y había conmovido á toda Castilla. Para conseguirla no contó mas que con su ambicion y su osadía, pues ni dió cuenta á don Enrique, ni tuvo consideracion alguna á don Alfonso, en cuyo obsequio don Beltran de la Cueva había renunciado aquella dignidad. Esta fué la causa de no hallarse el de Villena en la batalla de Olmedo, á la que puso término la noche, y de la que no se sacó mas fruto que el derramamiento de sangre, pues ambos partidos se creyeron vencedores, y las cosas continuaron como antes.

En medio de estos acontecimientos, la pobre princesa doña Juana separada de sus padres y verdaderamente prisionera en Buitrago, podía conservar alguna esperanza de que no seria despojada de sus derechos, tanto por lo estipulado en Cabezon, donde prometió su tío casarse con ella, como por el auxilio que el pontífice prestaba á su causa. El santo padre había mandado por legado de España á Antonio de Veneris, á fin de que obligase á los rebeldes á desistir de aclamar á don Alonso, y á tornar á la obediencia debida á don Enrique; pero ellos no hicieron mas caso de las amenazas y excomuniones del pontífice, que habían hecho de los soldados y autoridad del rey de Castilla; antes por el contrario se embravecieron mas y redoblaron sus intrigas. La ciudad de Segovia por traición de su obispo, fué entregada á los rebeldes, y la infanta doña Isabel (que resentida porque la querían casar con el maestre de Calatrava, se había puesto de acuerdo con ellos), en medio de la confusión permaneció tranquila en el alcázar, y desde allí



aprovechando las circunstancias, se fué á unir con su hermano don Alfonso. La reina doña Juana por el contrario, asustada y aturdida con la entrada de los enemigos, fué á refugiarse al castillo, de modo que toda la familia real quedó desde entonces separada.

La nueva de esta traicion y la pérdida de Segovia, la recibió el rey en Medina del Campo, y fué una de las cosas que mas sentimiento le causaron, que mas abatieron su ánimo durante su vida. Allí estaban su esposa y su hermana, allí guardaba sus grandes tesoros, allí tenia el depósito de sus armas y arneses de caza, allí en fin tenia, por decirlo así, su patria, y cuando vió aquella ciudad en manos de los contrarios, todo lo creyó perdido. De aquí es que los primeros dias se le veia inquieto, desasosegado, y desconfiando de todos. Tan pronto resolvía hacer á los rebeldes una guerra á muerte, tan pronto se decidia por intentar la paz y reconciliacion, y en medio de esta congoja, al verse sin autoridad, sin consejo, sin recursos ni amigos, fluctuaba y mudaba á cada momento de parecer. Pero su debilidad, ó mas bien su mala estrella, le impelían siempre á lo peor. Despues de revolver en su cabeza mil planes, se encontraba siempre metido en un laberinto, al cual no encontraba mas salida que echarse en brazos del ratero marqués de Villena, y entregarse á discrecion de aquel rebelde, á quien mucho tiempo hace debia haber cortado la cabeza.

Le citó en efecto para tener con él una entrevista en la villa de Coca, donde nada se concluyó definitivamente, y por fin en otra conferencia tenida en el castillo de Segovia se acordó: Que el dicho castillo, se entregase al marqués de Villena, que el rey pudiese sacar de él los tesoros y demas efectos de su propiedad, pero que fuesen custodiados en el alcázar de Madrid, por el alcaide Pedro de Munzares, y últimamente, que la reina doña Juana fuese entregada al arzobispo de Sevilla, para que la tuviese á buen recaudo. Todo se hizo segun lo convenido, y la reina fué conducida á la fortaleza de Alaejos.

Las cosas ya no podian llegar á peor; ya no podia ser mayor el desprecio y abyeccion en que se habia colocado don Enrique, que solo y aturdido vagaba de un punto á otro acompañado de solos diez caballos, sin saber qué partido tomar, ni dónde ocultar su afrenta. La reina presa en la fortaleza de Alaejos, aumentaba su ya demasiado público descrédito entregándose sin reserva á sus amores, y señaladamente con el jóven don Luis Hurtado de Mendoza. El marqués de Villena, estaba apoderado de las mejores fortalezas y ciudades, acumulaba inmensas riquezas, y disponia de fuerzas respetables. Los grandes sublevados contra la autoridad real, y hecha burla de la intervencion pontificia, nada tenian ya que respetar, y los malvados aprovechando el desorden general, robaban y asesinaban á mansalva, llenando los caminos, las ciudades y las casas, de luto, de lágrimas y cadáveres. Nadie podia calcular el término de tantos males, cuando las disposiciones de la divina Providencia vinieron á cambiar enteramente el rumbo de los acontecimientos.

Los dos hermanos del rey se hallaban en Arévalo, cuando se declaró la peste en dicha villa, por lo que trataron de pasar á Avila. Fueron la primera noche á dormir á Cardenosa, donde al dia siguiente enfermó el infante don Alonso, que el dia 3 de julio de 1468 murió, segun unos, de la peste, aunque otros dijeron que envenenado en una trucha que comió en empanada la noche que llegó á Cardenosa. Su cadáver fué sepultado en el convento de San Francisco de Arévalo, de donde algunos años adelante fué trasladado á la cartuja de Miraflores, en Burgos.

Tan inesperada desgracia desconcertó de todo punto á los rebeldes, y si don Enrique hubiera tenido decision

para aprovechar esta coyuntura favorable que le presentaba la Providencia, fácil le hubiera sido volver á afirmar su autoridad, y haber consolidado los derechos á la corona de su hija doña Juana; pero todo se hacia mal, todo se combinaba en daño de esta tan inocente como desgraciada señora. Los partidarios de don Alonso viéndose sin caudillo, sin bandera para cohonestar su traicion, apelaron á doña Isabel, que con mas talento y prevision que su difunto hermano, rehusó el título de reina con que la brindaban; pero aceptó gustosa el de princesa heredera despues de la muerte de don Enrique, y comenzó á dirigir sus planes para asegurar este resultado y afianzar la corona de Castilla en su cabeza, cuando la muerte ó los acontecimientos la quitasen de la de su hermano don Enrique, ó lo que es lo mismo, para usurpársela al rey habia de obrar contra toda razon y justicia; para ocupar el lugar de la Beltranceja ya el vulgo y la opinion le habian facilitado el camino. Por lo tanto sin aceptar el título de reina, conservó para sí los partidarios de don Alonso, y con ellos se dirigió á Avila por ser lugar mas fuerte y á propósito para su objeto.

Entre tanto la reina doña Juana olvidada de su decoro y dignidad, habia roto todos los vínculos del pudor y seguia con escándalo de la nacion una vida licenciosa, y para que nada faltase á su descrédito, una noche se descolgó desde una de las torres de la fortaleza de Alaejos estropeándose notablemente la cara y una pierna. Sin embargo, su amante don Luis Hurtado de Mendoza que la favorecia en su fuga, logró colocarla á las ancas de su mula y la llevó á Buitrago para que estuviese con su hija. Grande fué la alegria de entrambas cuando se abrazaron; pero por desgracia, doña Juana no le llevaba á su hija el tierno amor de una madre de quien la habian separado, le llevaba el baldon y desprecio del mundo entero para que su hija participase de él, para que sus enemigos se confirmasen mas en la idea de su ilegal nacimiento.

El mismo Enrique IV que tan tiernamente la habia amado, y que tanto tiempo habia tolerado su deshonestidad, llegó á consentir en su divorcio, y tal vez por vengarse de ella, dió el paso mas denigrativo y humillante que puede imaginarse, mucho mas despues de las declaraciones que acerca de la legitimidad de su hija habian precedido. Ya otra vez los grandes y los enemigos del rey se preparaban á renovar las escenas pasadas, y no dejaban de suplicar á doña Isabel que aceptase el título de reina, haciéndole presente la flojedad é impotencia de su hermano, y los males que iban á caer sobre Castilla, si una mano mas vigorosa no tomaba las riendas del gobierno; pero esta señora, con aquel talento que tanto la distinguió siempre, los iba conteniendo mientras preparaba su plan. Procuró por todos los medios posibles tener una pública y solemne entrevista con el rey, de quien sabia cuanto partido podia sacar, escribió á los grandes, ganó á los arzobispos y prelados mas influyentes y revoltosos, se congratuló con el pueblo, y hasta hizo intervenir en su favor la autoridad del legado pontificio. Se señaló para la entrevista un llano situado entre las villas de Cebreros y Cadalso, donde están los famosos toros de Guisando, y á los 19 de setiembre de 1468 se presentó en él la infanta acompañada de todos los grandes y prelados sus parciales, y el rey don Enrique del nuncio de su Santidad, de todos los grandes y caballeros de su corte, y de otros muchos que habian acudido á la fama de entrevista tan notable, donde se iba á decidir la suerte y el porvenir de Castilla.

Las condiciones se habian ya arreglado y formulado de antemano, y reconocidas allí de nuevo, todos se conformaron con ellas. Estaban reducidas á que la infanta de España doña Isabel, seria jurada heredera de la corona de Castilla despues de la muerte de su hermano, con tal que ella jurase no se casar sin el consentimiento del

rey: que éste, con beneplácito del papa se divorciara de su muger, y ella y su hija, conocida comunmente por la Beltraneja, serian enviadas á Portugal; que los caballos rebeldes serian perdonados y restituidos en todos sus bienes, cargos y oficios, con tal que ellos prestasen la obediencia al rey mientras viviese. Pero no se contentó con esto tan indefinible monarca, sino que hizo una declaracion la mas vergonzosa y contradictoria que puede imaginarse. Valera, en su crónica manuscrita, la refiere por estas mismas palabras:

«E luego el rey en presencia de todos los grandes susodichos, en las manos del legado juró la legitima sucesion de estos reinos pertenecer á su hermana la princesa doña Isabel, verdadera heredera dellos, e todos los otros señorios que so el cetro dellos se cuentan, no embargante las cosas por él fechas antes de entonces en favor de doña Juana, hija de la reina doña Juana, con juramento e solemnidad de los grandes destos reinos e de los pueblos segund la costumbre de España. Lo cual todo habia por vano e por ninguno como ya el fuese amigo de la verdad, e de toda malicia enemigo: lo cual afirmó por espontáneo, e dijo: que ante Dios e ante los hombres confesaba aquella doña Juana no ser por él engendrada, la cual la adúltera reina doña Juana habia concebido de otro varon, e no del. E por eso, no queriendo engañar la legitima sucesion destos reinos, esto habia querido confesar para confirmacion del derecho hereditario de la princesa doña Isabel su hermana.» Esta solemne y publica declaracion fué al momento estendida en forma juridica y corroborada como instrumento público, con lo cual concluyó la entrevista y todos hicieron pleito homenaje, juraron y besaron la mano á la princesa doña Isabel, que luego habia de ser la gloria, la restauradora de esta monarquia. Pero mirando á don Enrique parece inconcebible tanta mengua, tanta abyeccion en un monarca!

Pero no en vano he calificado al principio á don Enrique llamándole contradiccion viviente. Apenas habia acabado de hacer esta tan pública y solemne declaracion en que confesó su deshonor y destruyó los derechos de su hija, cuando ya mudó de parecer y trató de retroceder en lo hecho. ¿Tenia este hombre singular alguna conviccion? ¿Creia en lo mismo que hacia y juraba con tanta solemnidad? ¿Se puede inferir por los juramentos de don Enrique la verdad del derecho de sucesion? Dificil es contestar si se juzga por los hechos; inconcebible parece que haya en el mundo entes tan débiles y mudables.

La reina doña Juana y su desgraciada hija, protestaron solemnemente ante el legado don Antonio de Veneris, y ante la santidad del papa Paulo II, de la injusticia y mala fé de lo hecho en los toros de Guisando, y el débil monarca, arrepentido ya de lo jurado, unió á la protesta sus cartas, suplicando al sumo pontífice no confirmase la sucesion declarada á favor de doña Isabel, á la cual se habia visto obligado por las circunstancias; mas la princesa tenia demasiado talento para dejarse despojar del derecho que habia alcanzado en aquella memorable declaracion.

Sin embargo, aun no estaba todo hecho, porque á imitacion de la inconstancia y veleidad del monarca, tambien los nobles y los prelados despreciaban sus juramentos, y cambiaban de partido á su antojo, ó segun sus pasiones les sugieran, y era necesario contener á unos, ganar á otros, y contemplarlos á todos. Mas nadie pudo impedir que se adhriesen, unos á doña Juana, otros á doña Isabel, ya por conviccion ó afecto personal, ya porque con esta division tenian siempre en sus manos la suerte futura del reino, y satisfacian sus ambiciones personales. Al frente de los partidarios de la Beltraneja, se colocó el marqués de Santillana como su guardador, y para de algun modo sacar partido á favor de su pupila

y hacer sus derechos al menos probables para el porvenir, trató de conferenciar con los contrarios, y al fin convinieron en que la infanta doña Isabel, casase con el rey viudo de Portugal, y doña Juana con el principe heredero de aquel reino, con condicion que el derecho de suceder en el reino de Castilla, recayese en aquella que de las dos tuviese primero hijo varon. Doña Isabel, que ya con mucho secreto tenia concertado su casamiento con don Fernando de Aragon, y muy preparados los acontecimientos para que la Beltraneja no pudiese triunfar, no quiso admitir este trato, dando por único motivo el que no queria casar con viudo, y esta misma contestacion dió á los embajadores del rey de Portugal, que habia entrado de muy buen grado en esta combinacion, que le facilitaba unir en su cabeza ó en la de su hijo, las coronas de España y Portugal. Mas á pesar de su talento y resistencia, tal vez doña Isabel hubiera sido obligada á efectuar esta boda, que era á gusto de ambos partidos, si el arzobispo de Toledo, con su poder y con sus amaños y venciendo mil dificultades, no la hubiera facilitado el efectuar su enlace con don Fernando, que se hizo en Valladolid á 18 de octubre de 1469, fallando la princesa á lo concertado en los toros de Guisando, y á la palabra que dió al rey, de que no dispondria de su persona hasta que él volviese. Pero ¡oh miserable condicion humana! ¿Qué han importado nunca las palabras y juramentos, cuando el quebrantarlos asegura la posesion de un trono!

IV.

No podian ofrecer menos esperanzas ni presentar peor aspecto los asuntos de la Beltraneja; sin mas apoyo que el de algunos fieles servidores de su padre que la habia solemnemente declarado adúltera, que era débil é irresoluto, y teniendo que luchar ya con tan poderosos y unidos adversarios como eran don Fernando y doña Isabel. Sin embargo, aun brilló algun rayo de esperanza con motivo de que el rey de Francia envió una embajada solemne pidiéndola para esposa del duque Carlos de Guiana, su hermano, y entonces presunto heredero de la corona, por no tener el rey hijo varon. Aceptada por don Enrique IV la propuesta, aunque don Fernando y doña Isabel le escribieron suplicándole no pasase adelante en aquel casamiento que se oponia á lo determinado y jurado respecto de la sucesion, no hizo caso alguno de su súplica, y recibió solemnemente á los embajadores en Medina del Campo, donde quedó definitivamente concertada la boda. Don Juan Pacheco, marqués de Villena, el arzobispo de Sevilla y el obispo de Sigüenza, fueron los comisionados para arreglar los contratos matrimoniales, y apenas se concluyeron pasaron todos á Segovia. El rey ordenó al marqués de Santillana, que desde Guadalajara, donde tenia entonces á la princesa, la trajese á Segovia, y quiso que los desposorios se celebrasen con toda solemnidad y aparato en el valle de Lozoya, en un gran llano que se estiende á las riberas del rio.

El rey, la reina, los embajadores de Francia, el cardenal Atrebatense, nuncio de su santidad, y todos los grandes prelados que seguian el partido de la Beltraneja, se reunieron para este acto régio. La ceremonia comenzó leyendo el licenciado de Ciudad Rodrigo, Anton Nuñez, una real cédula, por la cual don Enrique IV declaraba: que por haber la infanta doña Isabel casado sin su consentimiento, y por otras causas, la desheredaba, y volvía el derecho de sucederle á su hija doña Juana, despojada de él injustamente. Luego el cardenal Atrebatense, tomando de la mano á la joven princesa, se llegó á su madre la reina, á quien exigió antes jura-

mento, puestas las manos sobre los santos Evangelios, y en seguida la dijo en voz alta: *¿Jurais y afirmáis, que esta doña Juana es verdadera hija del rey don Enrique IV, vuestro marido?* La reina contestó con voz segura y tranquila: *Sí juro.* Se llegó luego al rey, y con la misma solemnidad, y previo juramento, le preguntó: *¿Creeis y afirmáis que esta doña Juana es vuestra hija?* El rey contestó: *Creo ser hija mía, y con tal certidumbre de hija la he tenido y tengo desde que nació, y por esto la he mandado jurar y prestar la fidelidad y obediencia que á los principes herederos se debe.* Entonces todos los prelados y caballeros la juraron y aclamaron con un entusiasmo extraordinario, prestándole en seguida obediencia y besándole la mano. El mismo cardenal comenzó en el acto las ceremonias de los desposorios de la princesa doña Juana con el conde de Boloña, en representación del príncipe de Guiana, de quien traía cumplidos poderes al efecto. Concluido tan solemne acto, que se celebró el día 6 de octubre del año 1470, toda la real comitiva se dirigió al monasterio del Paular, y desde él pasaron á Segovia, donde doña Juana fué recibida entre vivas y aclamaciones, y con la solemnidad y pompa debidas á la princesa heredera de Castilla.

Apenas tenía nueve años doña Juana cuando se desposó con el príncipe, y ya todos admiraron su compostura y amabilidad, unidas á una dulzura de carácter encantadora; su presencia aumentaba sus partidarios. Tampoco se presentaban pocas probabilidades en su favor, pues además del apoyo que podía esperar de una nación poderosa como Francia, ganaba en aquellos momentos un amigo muy poderoso. El arzobispo de Toledo comenzaba á mostrar alguna tibieza para con los príncipes sus favorecidos, con motivo de que don Fernando, que tenía entonces unos 16 años, con el ardor propio de la edad, le dijo un día que trataban negocios de estado: *No entiendo ser gobernado por nadie, y ni vos, arzobispo, ni otra persona tal cosa imagineis, porque muchos reyes de Castilla se han perdido por esto.* Don Alonso Carrillo, acostumbrado á la debilidad de don Enrique, sintió mucho verse enfrenado por un príncipe, tan joven, y que aun no era mas que un pretendiente, y con su disimulo acostumbrado comenzó á retirarse de su amistad, y á inclinarse al partido de la Beltraneja, y era tanta la confianza que en su poder y en sus intrigas tenía, que se le oyó decir muchas veces: *Yo hice reina á doña Isabel; yo la haré volver á la ruca.*

Sin embargo, la desgracia de la joven princesa doña Juana era tal, que tras esperanzas tan halagüeñas, solo sobrevinieron desgracias. Carlos, duque de Guiana, olvidado de los vínculos que con doña Juana le unían, se enamoró y pretendía casarse con la hija del conde de Borgoña; pero la muerte atajó sus intentos, y en mayo de 1472, murió este joven príncipe, según la mas recibida opinion, envenenado en un hermoso melocoton que le regaló madama Catarina de Monsoreau, preparado de antemano al efecto por un monge benedictino llamado Juan Faure Vercois, que era confesor del mismo duque.

Viuda ya doña Juana procuró su padre buscarla al momento un apoyo que defendiese sus derechos á la corona, y habido su consejo con los grandes, envió por comisionado á don Juan Pacheco para concertar el casamiento de su hija con el rey de Portugal. Arregladas las condiciones por este hábil cortesano, don Enrique partió al momento para Burgos, y entre esta ciudad y la de Yelves, tuvo una entrevista con el monarca de Portugal. Pero éste había mudado ya de dictámen, y por mas garantías que el rey de Castilla le ofreció, por mas que le rogó, no pudo alcanzar que aceptase el casamiento; antes por el contrario se volvió atrás de cuanto había concertado con el marqués de Villena.

Perdida enteramente la esperanza con el de Portu-

gal, el rey y los partidarios de doña Juana pusieron sus miras en el infante don Enrique de Aragon, primo del rey, pues era hijo del infante don Enrique, hermano de su madre la reina doña Maria. Avisado el infante, acompañado de su madre doña Beatriz de Pimentel, se vino á Requena. Allí recibieron los mensajeros del rey, que les rogaron descansasen allí unos dias, y juntamente les mandó una rica vagilla de plata, alfombras, camas, caballos y cuanto podian necesitar, para el decoro y comodidad debidos á sus personas. Por disposicion del de Villena pasaron los augustos huéspedes al castillo de Garci-Muñoz, mientras el rey hacia venir á Madrid á la reina y á la princesa, y luego que llegaron, el infante y su madre se vinieron á Getafe. Don Enrique salió á la mitad del camino de dicho pueblo para tratar del casamiento, pero nada se acordó en la entrevista por las muchas dificultades que suscitó el de Villena, de cuyo consejo jamás tenía el rey valor para separarse, y que aborrecia al infante don Enrique porque al entrar en Castilla se había mostrado muy orgulloso con los nobles. Se propuso, pues, estorbar este casamiento, y unas veces por la dispensa del parentesco que tenían, otras por los gastos de boda para los cuales pedia el de Villena veinte millones, que el mayordomo Cabrera jamás quiso entregar; y siempre poniendo en juego la veleidad y poco carácter del rey, iba dilatando el casamiento, hasta que el infante y su madre conociendo que se los engañaba, despues de haber seguido inútilmente la corte á Santa Maria de Nieva y Segovia, se volvieron á Segorve, burlados y corridos del ridiculo papel que les habían hecho representar. Por este chasco dieron luego en llamar al infante don Enrique Fortuna.

En este tiempo doña Isabel comprendió perfectamente que su posicion se hacia de cada vez mas embarazosa, ya por lo fuerte del partido de la Beltraneja, y de lo contradictorias y enredadas que estaban las declaraciones acerca de la sucesion, ya tambien por la falta de recursos y medios pecuniarios en que se encontraría si á la muerte del rey su hermano, cuya salud estaba ya muy deteriorada, no quedaban en su poder sus tesoros, que aun eran considerables, y así se resolvió reconciliarse con don Enrique y apoderarse por este medio del alcázar de Segovia. Con mucho secreto, desde Aranda se trasladó á Segovia, y sin mas que presentarse logró completamente su intento. El rey la recibió con marcas muestras de satisfaccion y alegría; permitió que se les uniese don Fernando, que para proteger á su esposa en caso necesario, había venido á Turégano, y los tres pasearon públicamente por la ciudad, comieron juntos y se trataron en todo como hermanos. Sin embargo, la alegría no fué del todo completa, pues aquel mismo día se sintió don Enrique mucho mas malo que de costumbre, tanto que algunos sospecharon que en la comida le habían envenenado; pero no creo que haya dato ni motivo ninguno en que apoyar esta sospecha, mucho mas si se considera la poca salud que habitualmente gozaba el rey y lo destruida que estaba su naturaleza. Doña Isabel procuraba cuidarle con todo el cariño de una hermana; pero sin perder un momento de vista su objeto principal, le rogaba frecuentemente y con muchas instancias, que reunida la nacion en cortes, confirmase la declaracion que en su favor se hiciera en los Toros de Guisando; pero aunque apuró todos los recursos de su aventajado talento, jamás pudo acabar con su hermano que lo hiciese.

El marqués de Villena vista la reconciliacion de los hermanos, y temeroso de algun golpe de mano de los nuevos principes, se retiró de la corte, mas dejando en su lugar á su hijo don Diego Lopez Pacheco, á quien ya de antemano había instruido perfectamente en el manejo de los negocios, y á quien tenía ya en estado de continuar sus intrigas y las miras de su nunca satisfecha

ambicion. Este nuevo cortesano persuadió á don Enrique que hiciese un esfuerzo para casar á su hija doña Juana con don Alfonso V de Portugal, y á pesar del mal estado de la salud del rey, le obligó á trasladarse á Trujillo. El anciano marqués de Villena cuando lo supo, no quiso privarse de la intervencion que podia tener en este importante negocio, y de las ventajas que en ella podia sacar; y conducido en hombros de sus criados emprendió el camino de Trujillo; pero al llegar á Santa Cruz de la Sierra terminó su turbulenta vida una muerte casi repentina, el 1.º de octubre de 1474.

No tardó mucho tiempo en seguirle el rey don Enrique; sus achaques ya muy aumentados desde su última enfermedad en Segovia, se habian notablemente exasperado con la incomodidad del viage, y los médicos viéndolo en tal estado, fueron de opinion se volviese á Madrid por ver si el clima suplia lo que la medicina no alcanzaba. Sin embargo, ya todo era inútil; al llegar á Madrid perdió toda esperanza de mejoría, y ya no trató mas que de disponer su alma. Recibió con gran devocion los sacramentos como cristiano, y un dia antes de su muerte llamó á su secretario Juan de Oviedo, á quien hizo escribir algunas lineas reducidas á estas formales palabras: *En Madrid, á once dias del mes de diciembre, á las once horas de la noche, el rey nuestro señor dejó por sus albaceas de su anima al cardenal de España, e al marqués de Villena; e mandó, que de la princesa su fija se ficiese lo que el cardenal y el marqués de Santillana su hermano, y el duque de Arévalo, y el condestable, y el duque de Benavente, y el marqués de Villena acordasen que se debía hacer.* Por estas palabras parece que de antemano debia haber arreglado con ellos el asunto de la sucesion en la corona de Castilla; pero si así fué, los arriba nombrados albaceas, lo callaron. Solo su confesor, que lo era fray Pedro Mazuelo, prior del convento de San Gerónimo de Madrid, viéndolo ya muy cercano á la muerte, le preguntó ¿á quién nombraba por heredero de la corona? Y contestó, que á la princesa doña Juana, que dejaba encomendada á los albaceas ya dichos. Pero para que todo en este monarca fuese débil é informal, para no hacer nada completamente bien, se contentó con estas declaraciones y no hizo testamento; pues aunque algunos autores han asegurado que lo hizo, ninguno sin embargo asegura haberlo visto, ni lo producen en ninguna parte. ¿Pero quién sabe las intrigas que pudo haber, y cuyo rastro se perdiese tal vez en aquella dislocacion de pasiones! ¿O quién puede entrar en los designios de la Providencia! Quizá toda esta informalidad se necesitaba para el engrandecimiento de España, para la prosperidad que luego le proporcionaron los nunca bastante ponderados reyes Católicos.

V.

Muerto el rey don Enrique IV, en Segovia donde entonces se hallaba la infanta doña Isabel, se construyó un cadalso en medio de la plaza, en la que se alzaron pendones por ella, proclamándola reina de Castilla. Cundió al momento la noticia por el reino, y aunque muchos de los grandes permanecieron fieles á doña Juana, tuvo esta señora la desgracia de que de las personas á quienes su padre la encomendara al tiempo de su muerte, solo dos, el marqués de Villena y el duque de Arévalo cumplieron como caballeros; los demas fueron los que primero se apresuraron á reconocer y rendir pleito homenaje á doña Isabel. El marqués de Villena en particular le fué tan fiel, que aunque como heredero de la ambicion y miras de su difunto padre, queria para sí el maestrazgo de Santiago, al proponerle don Fernando

que le seria concedido si ponía en tercería á la Beltraneja, para casarla conforme á su calidad, contestó: *Jamás por nada del mundo haré yo tal cosa, ni quebrantaré la fé y palabra que di al rey don Enrique de mirar por su hija.*

¡Mas con cuántos obstáculos tenia que luchar para cumplir tan caballeroso empeño! Primero tuvo que llevar á la villa de Escalona á la princesa, que traspasada de dolor le suplicó la separase de su madre, porque no podia tolerar su desenfreno y poca honestidad. Allí procuró dárle el título y tratamiento de reina, proporcionándole el mayor esplendor y decoro posible, y tomando algunas disposiciones para su coronacion; pero su caballerosidad y buenos deseos no eran bastantes; necesitaba dinero, apoyo y fuerzas materiales, y para ver si lo conseguia se dirigió al rey de Portugal don Alfonso V proponiéndole que la tomase por esposa, no solo porque como pariente mas cercano estaba en obligacion de amparar y defender á aquella noble huérfana, sino tambien por interes propio; pues con la mano de doña Juana adquiria el derecho á la corona de Castilla, y para mas decidirla á aceptar este casamiento, le presentó las firmas de muchos y muy poderosos señores con las de catorce ciudades, que desde luego la apoyarian contra doña Isabel. Aceptó entonces don Alfonso, y doña Juana pasó desde Escalona á Trujillo, donde se le reunió su prometido esposo, y desde allí acompañados de los grandes de su parcialidad y de las tropas portuguesas que ya habian entrado en Castilla, se dirigieron á Plasencia. En esta ciudad se celebraron los desposorios en el mes de mayo de 1473, despues de los cuales fueron jurados y aclamados reyes de Castilla y de Leon con las solemnidades de costumbre, pero respetando el parentesco que entre los dos habia no consumaron el matrimonio. Las vicisitudes de la guerra hicieron que tampoco se verificase en lo sucesivo, aunque el papa Sixto IV envió una bula secreta, su fecha 3 de febrero de 1477, en la que autorizaba á doña Juana para poder casar con cualquiera pariente suyo dentro del cuarto grado.

El primer acto de la nueva reina fué formular un largo manifiesto en el que se intitulaba reina de Castilla y de Leon, firmado en Plasencia á 30 de mayo de 1473, y en el que por los hechos antes referidos, por los instrumentos publicos, por las declaraciones y testigos que deponian ser el rey su padre hábil para la generacion, por las leyes comunes y por otros mil medios, probaba la legitimidad de sus derechos, y la violenta usurpacion que de ellos hacia la infanta doña Isabel su tia. Este manifiesto fué enviado á Madrid y desde allí á las demas ciudades del reino, pero doña Isabel no estaba en ánimo de sujetarse á las leyes de justicia, ni de esperar el fallo de ningun tribunal; el de las armas, último argumento de los reyes cuando no les basta la razon, era el que debia ya decidir de la legitimidad de los derechos de aquellas dos señoras.

Mas á pesar de lo mucho que doña Isabel habia trabajado para preparar el terreno en su favor, los primeros sucesos de la guerra fueron favorables al rey de Portugal, que ya estaba apoderado de Toro y Zamora, y que personalmente habia desafiado al principe don Fernando. A estas ventajas ya considerables se unió tambien el auxilio del arzobispo de Toledo, que á pesar de sus muchos años, pasó los puertos al frente de quinientos caballos escogidos, y fué á unirse con don Alfonso, declarándose abiertamente por la causa de la llamada Beltraneja. Entre tanto ambas reinas contendientes estaban, doña Juana en Zamora, doña Isabel en Valladolid, ambas buscando auxilios, preparando tropas, solicitando y ganando amigos, y procurando sostener el título de reinas que habian tomado. Algun tiempo estuvo dudosa la suerte; pero en honor de la verdad, la lucha era desigual: en la parte de doña Isabel habia mas

medios, mas recursos, mas talento, habia un hombre de genio identificado en la causa, y apoyado por Aragon, y por consiguiente su partido comenzó á mejorar notablemente y á disminuir el de doña Juana.

Después de varias alternativas, el castillo de Zamora con toda su artillería, pertrechos y municiones de guerra se entregó á don Fernando el 19 de marzo de 1476. Desmayaron tanto los portugueses con esta pérdida, que don Alfonso mandó al príncipe su hijo, que con cuatrocientos caballos de escolta llevase á doña Juana á Portugal, para evitar que cayese en poder de su tía, y la excelente señora abandonó llena de lágrimas el territorio español que ya no habia de volver á pisar. También el arzobispo de Toledo, ó por cansancio, ó por la vejeidad natural de su carácter, se retiró con otros cuatrocientos caballos á su arzobispado, so pretexto de sosegar algunos alborotos que los grandes habian levantado; de modo que el rey de Portugal perdida toda esperanza de vencer por las armas, apeló á solicitar tratados para ver si por ellos conseguia sacar á guisa de partido. Pero era ya demasiado tarde, y su proposición fué despreciada porque ya era el miedo de ser vencido el que la dictaba, y los vencedores ya nada querian conceder. Entonces vista la imposibilidad, á 13 de junio de 1476, volvió á entrar en Portugal acompañado de algunos nobles castellanos que le siguieron, mas por temor de que no alcanzáran perdón de los nuevos monarcas, que por afecto á su partido y persona.

Mil medios se ensayaron después para reanimar el partido y volver á la demanda: el rey de Portugal fué inútilmente á implorar el auxilio de Francia; el marqués de Villena sostuvo con valor y decisión su empeño, y las plazas fuertes que tenia por doña Juana; pero todo fué sin resultado; doña Isabel trabajaba sin descanso en ganar terreno y amigos; cada día se rendia alguna villa, ó se conseguia que se le uniese alguno de los poderosos partidarios de su sobrina, que á muy poco tiempo cuasi no llegó á contar entre sus fieles servidores y amigos, mas que al marqués de Villena; hasta el tenaz arzobispo de Toledo desistió de su empeño, y se unió á doña Isabel. Esta señora para no descuidar nada, para cortar todos los caminos de rehabilitación á la Beltraneja, y que el de Portugal perdiese el interés que en aquella guerra tenia, solicitó y alcanzó del pontífice que revocase y anulase la bula que habia dado á doña Juana para poderse casar con pariente dentro del cuarto grado, en lo cual fuerza es decir, que anduvo su santidad mucho mas atento y adúlador con el poder, que justo y caritativo con la desgracia; pero de todos modos doña Isabel consiguió su intento y la excelente señora quedó ni casada ni viuda. Añádase á esto el que los pueblos cansados de tantas revueltas, y gastados con tantas guerras, deseaban ya la paz á cualquier costa, inclinándose naturalmente al partido que creían con mas probabilidades de dársela.

Todavía en 1479 volvió el de Portugal á encender la guerra; pero los portugueses fueron rotos y desbaratados en la batalla que se dió en la Albufera, dos leguas distante de Mérida, el día 24 de febrero. Con este motivo doña Beatriz, duquesa de Visco, tía materna de doña Isabel, señora de mucha autoridad y talento, tomó á su cargo arreglar las diferencias entre España y Portugal, y se reunió con su sobrina en Alcántara, donde después de largas conferencias acordaron las condiciones siguientes:

Que el rey de Portugal no se intitulase en adelante rey de Castilla, ni trajese en su escudo las armas de aquel reino, y lo mismo hiciese don Fernando en lo tocante al reino de Portugal.

Que la pretensa princesa doña Juana casase con el

príncipe don Juan, hijo de los reyes Católicos, luego que tuviese edad bastante.

Que si el dicho príncipe, llegado á los años de discreción no viniese en aquel casamiento, pagasen en tal caso sus padres á doña Juana cien mil escudos.

Que todavía ella tuviese libertad, si le parecia mucha la tardanza, y no quisiese aguardar, de meterse monja.

Que don Alonso, nieto del rey de Portugal y su heredero, casase con doña Isabel hija de los reyes de Castilla.

Que á los nobles de Castilla no se les diese acogida en Portugal por ser causa de nuevas alteraciones.

De la navegacion, descubrimiento y conquista desde las riberas de Africa á las riberas del mar Océano quedase para siempre de los reyes de Portugal, sin que nadie les pusiese impedimento.

Ultimamente, que para seguridad que todas estas capitulaciones se cumplieran, la misma doña Juana, doña Isabel, hija del rey don Fernando, y don Alonso, nieto del rey de Portugal, fuesen puestos como en rehenes para que la duquesa de Visco los tuviese en su poder en el castillo de Mora.

Demás de esto, el rey de Portugal á la raya de Castilla diese cuatro castillos, en prenda de que guardaria lo concertado.

Este tratado fué recibido con mil muestras de alegría por unos pueblos tan cansados de las largas revueltas anteriores y tan ansiosos de paz; pero la princesa doña Juana, aquella excelente señora, victima desde antes de nacer de la vejeidad del carácter de su padre, de la deshonestedad de su madre, de los celos y ambicion del marqués de Villena, de las intrigas y mala fé de los grandes, y de los deseos de reinar de sus tíos, no vió en este tratado mas que una burla cruel, un abuso del derecho que las armas habian dado á sus enemigos, los cuales no se contentaron con arrancarle la corona que de justicia le pertenecia, sino que la despojaban hasta del título de infanta, privándola tambien unirse con su marido legitimo. Reflexionó entonces un momento sobre la inestabilidad y miseria de las cosas humanas, sobre la tenacidad de su mala suerte, pues cinco ó seis veces habia estado ajustado su matrimonio con diferentes príncipes, dos veces habia sido legitimamente desposada, y otras tantas habia pasado por amargos desaires, sin que jamás lograra tener un marido que la sirviese de consuelo en su desgracia y de muro contra las intrigas de sus contrarios.

Entonces ya no quiso sufrir mas desengaños del mundo, y determinada á abandonar para siempre una sociedad que tanto la habia ultrajado, y de buscar su tranquilidad y consuelo en la religion, y un esposo que no pudiese faltarle en Jesucristo crucificado, tomó el hábito de religiosa en Santa Clara de Coimbra, en el cual pasado el año de prueba hizo los solemnes votos en el año de 1480.

Hasta entonces no estuvieron completamente tranquilos acerca de sus derechos los reyes Católicos, que para que no les quedase duda ninguna, de que la excelente señora renunciaba el mundo y hacia su solemne profesion; so pretexto de honrarla enviaron sus embajadores para que estuviesen presentes á este acto religioso. Doña Juana, aunque al parecer tomó esta resolucion forzada por las circunstancias, pronunció sus votos con suma alegría, con entera voluntad, como lo mostraron sus virtudes, y la vida ejemplar y tranquila que hizo en el monasterio, donde permaneció hasta su muerte siendo modelo de virtud.

JOSÉ QUEVEDO.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

MARIA TARAKANOF.

X

NOVELA HISTORICA.

(Conclusion.)

Las criadas que se hallaban presentes se apresuraron á socorrer á Paulowska; pero sus ojos, al abrirse se fijaron en la mirada cruel y falsa de Ben-Assaf. Levantándose entonces como si hubiese sentido la mordedura de una serpiente:

— ¡Miserable! exclamó, las naciones tienen tambien su hospitalidad que saben respetar; las leyes, el pueblo, el soberano, á todos invocaré contra semejante crimen! Y la desesperacion le dió aquella energia moral que obliga á obedecer á la debilidad del cuerpo; echóse un pañuelo sobre su casi desnuda espalda, cubrió con un velo sus desordenados cabellos, y voló á casa de algunos de los numerosos amigos de un tiempo de prosperidad; consiguió llegar á la presencia del gran duque Leopoldo, y arrojándose á sus pies, imploró su justicia contra tan cobarde atentado.

Esta fatal noticia, que desde la ciudad habia llegado hasta el palacio, instruyó al soberano de cuanto pasaba; sabia que la princesa habia encontrado á bordo del navío una prision en vez de festejos, y vió ultrajada su autoridad por esta brutal violacion del derecho de gentes. Las lágrimas de Paulowska y sus ardientes suplicas, conmovieron fácilmente á un corazon predisposto de antemano á la piedad y al resentimiento; pero aun suponiendo que las reclamaciones tuviesen algun resultado, caminarian con lentitud, y durante este tiempo, la nave que conducia á la jóven princesa hácia donde estaba su poderosa enemiga, vogaria á vela tendida. Paulowska lloró amargamente cuando se separó del gran duque. Mas ¡ay! ¿qué podia hacer ya? se preguntaba llena de angustia, y atormentada por aquella imperiosa necesidad de actividad que origina un dolor intolerable. El gran duque habia prometido su intervencion; pero ¿no era preciso buscar otro apoyo? Paulowska habia nacido y habitado en la casa del principe Radzivil hasta el momento en que este la eligió por compañera de Maria.

Aunque el pensamiento de volver al lado de este principe, cuyo abandono era manifiesto, y una de las principales causas de su desgracia, llenaba su alma de amargura, despues de haber reflexionado con madurez, quedó plenamente convencida que no se presentaba á su posicion partido mas ventajoso.

La relacion de tan infame perfidia, despertaria tal vez en su alma el antiguo afecto que el principe parecia haber consagrado en otro tiempo á su pupila, y su intercesion cerca de Catalina, acaso no quedaria sin efecto. En fin, la desconsolada Paulowska, sustentaba al mismo tiempo otra esperanza, la de verse al lado de su querida prisionera, y buscar mejor los medios de protegerla.

Esta resolución, despues de bien meditada, fué prontamente puesta en ejecucion; y ademas, el gran duque y numerosos amigos, obviaron todas las dificultades que

podieran retardar su partida. Probablemente su adhesion y la triste suerte de la princesa hubieran bastado para escitar el interés general; pero la opinion manifestada por el soberano, y el aspecto novelesco de esta aventura, contribuyeron ciertamente á llevarla al mas alto grado de exaltacion. Durante un largo espacio de tiempo, pareció no debilitarse la solicitud del publico; y cuando comenzaba á quedar adormecida, se recibieron falsas nuevas que despertaron la curiosidad de todos; mas como últimamente se supo que no se habia concedido al gran duque ningún género de satisfaccion, y que no llegaba ninguna noticia que pudiese llamarse positiva, aquel calor vehemente en favor de la princesa se fué gradualmente estinguendo, y por último se apagó enteramente. El olvido, el olvido estendió su frio sudario sobre la pobre victima, á la que el despotismo dijo con su imperiosa voz: *Desaparece.*

IX.

UN AMIGO AUNQUE SEA EN EL INFIERNO.

Ya habia terminado la lucha de Polonia y efectuándose el desmembramiento de esta desventurada nacion. Tambien hacia mucho tiempo que la prudencia habia aconsejado al principe Radzivil mantenerse en buena inteligencia con Rusia.... Paulowska encontró en su casa un asilo; el de la benevolencia, y nada mas; pero la amistad no podia borrarle ni desanimarse en este corazon generoso: todo cuanto la ternura mas activa puede sugerir respecto á ingeniosas combinaciones, desplegó esta dulce compañera con el objeto de descubrir el lugar del destierro, la oscura prision donde gemia la infortunada Maria Tarakanof. En fin, esta perseverancia, como la gota de agua que incesantemente destilando, hace un agujero en la piedra mas dura, la hizo saber que su desgraciada amiga se hallaba encerrada en la fortaleza de Petersburgo.

Entonces Paulowska no tuvo mas que un objeto, ir á Petersburgo, despues el cielo le inspiraria lo demas; pero esta primera intencion presentaba bastantes dificultades; mientras tanto la jóven princesa solamente se ocupaba de un ser en el mundo, sin suponer que otros se ocupasen de ella.

La dulzura melancólica impresa en todas sus facciones, aquella profunda sensibilidad de la que habia dado tan evidentes pruebas, le prestaban un encanto, al cual no habian sido indiferentes muchos de los que habitualmente concurrían á la reducida corte del principe; si algunos se habian desanimado á vista de su indiferencia, no le habia sucedido lo mismo á un jóven oficial ruso llamado Ivo Barcheff. Este mas diestro ó mejor inspirado, logró hacerse escuchar de Paulowska. La hablaba de la princesa, de los años pasados en su compañía en Italia; entonces Paulowska fascinada con la dicha que experimentaba á la contemplacion de tan gratos recuerdos, veia presente á Maria con rasgos tan seductores, oia referir la horrorosa catástrofe con un calor tan comunicativo, que el jóven Ivo se dejó inspirar fácilmente un interés real por la infortunada, amada con tanta ternura por aquella de que él mismo procuraba conquistar el afecto mas decidido. Pero en vano se esforzó en sacar partido del favor que de este modo habia

sabido adquirirse. Ofreció á Paulowska su corazón y su mano; esta quiso conservar su libertad: Ivo se apoyó en la protección del príncipe: Paulowska resistió. Ivo mostró entonces un dolor profundo; Paulowska comenzó á titubear. Por último, cierto día, entró Ivo pálido y desconcertado, y anunció á su rebelde amada, que su regimiento había recibido la orden de volver á entrar en Rusia; su desesperación resignada enterneció á Paulowska.

—Mi corazón se entristece, dijo Paulowska, con los pesares que os causo, pues no puedo poner en duda la sinceridad de vuestras palabras, ni tampoco quiero ocultaros que me siento conmovida; pero escuchadme, añadió viendo la súbita alegría con que se animaron los ojos de Ivo; mi vida está consagrada al cumplimiento de una empresa que considero como un deber sagrado, y esta empresa tiene peligros que yo sola debo arriesgar; asociaros á mi suerte sería obrar con deslealtad.

—¡Ah! exclamó Ivo; yo quiero compartir con vos esos peligros y consagrarme también á vuestra obra generosa. No creo hacerme culpable hacia mi soberana procurando libertar á una débil mujer de los injustos rigores que experimenta... En vano rehusareis mi auxilio; yo sabré seguir vuestros pasos, acompañaros en todas vuestras indagaciones, y sé que duplicareis estos peligros emancipándome de ellos, como queréis, pues no sabré tomar para conservar una vida odiosa, las precauciones que estoy seguro puede sugerirme la felicidad.

Las palabras de Ivo llevaban en sí mismas un grande poder de persuasión, eran verdaderas, y Paulowska cedió.

El príncipe que admiraba en secreto su virtuosa tenacidad, encontrando al mismo tiempo una maravillosa ocasión de atestiguar su interés por la prisionera sin comprometerse, hizo que se celebrase el casamiento con cierta especie de solemnidad, y colmó á los jóvenes consortes de presentes y de promesas de protección.

El príncipe Radzivil creyó reparar su ingratitud con la princesa bajo el nombre de Paulowska.

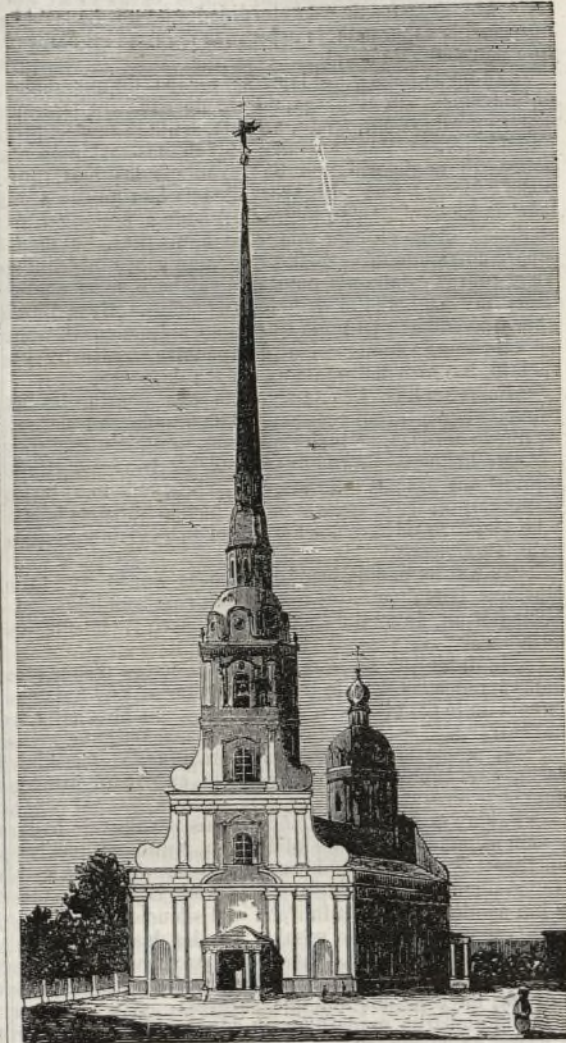
No bien la recién casada hubo llegado á Petersburgo, cuando se dirigió á la iglesia de San Pedro y San Pablo, que está dentro de la fortaleza, en verdad mas que á orar al Ser Supremo, para contemplar los muros que encerraban á la infeliz María. ¡Con cuánta emoción estuvo observando la siniestra gravedad de aquel edificio! ¡Cómo se profundizaba su mirada en todas partes! Como si su imaginación le estuviera haciendo el gran servicio de concederle la transparencia al través de aquellas dobles paredes, al través de las bóvedas sombrías de los calabozos, hacia que se presentase á sus ojos el fantasma pálido y delgado de su desgraciada amiga sobre un miserable tablado y sucumbiendo bajo el peso de su prolongado sufrimiento. Sus ojos se cubrían de lágrimas; su oprimido pecho comprimía con trabajo el doloroso grito que se hallaba dispuesta á exalar. De repente se estremece al sentir una mano que toca levemente su brazo; era Ivo, que habiendo estado observando desde lejos todos sus movimientos, temía que llamase la atención de los transeúntes.

—Dejemos el exterior, dijo Ivo, y ocupémonos de buscar los medios para llegar á lo interior.

Poco tiempo había trascurrido, cuando ya Paulowska por el atractivo de sus dulces maneras, é Ivo por sus relaciones militares, habían logrado captarse la benevolencia de algunas personas que tenían directa ó indirectamente un servicio en la fortaleza. En una de las visitas que procuraron hacer cada día mas frecuentes, hizo la casualidad que Ivo encontrase á un viejo soldado que en otro tiempo había estado bajo sus órdenes, y cuyas heridas recibidas en campaña, le habían obligado á dejar el servicio activo. Peters, dichoso por haber encon-

trado á su capitán, le refirió alegremente cómo había conseguido llegar á ser uno de los guardas de los presos de la fortaleza.

Ivo, disimulando la extraordinaria alegría que le causaba esta dichosa casualidad, mostró solamente á Peters un vivo y significativo interés, del que este no se tomó el trabajo de indagar la causa. Ivo le dijo que fuera á verle; el veterano acudió regocijado, y terminó la conversación dando Ivo al soldado unas cuantas monedas de oro para que bebiera.



IGLESIA DE SAN PEDRO Y SAN PABLO EN SAN PETERSBURGO,

¡Qué grande fue la alegría de Paulowska cuando supo este milagroso encuentro, y con qué devoradora impaciencia esperó que Peters volviese á parecer! Vino... La buena acogida y el rico aguardiente que halló en casa de su capitán, le atraieron á ella á menudo, y le hicieron cada vez mas comunicativo. En fin, llegó el instante de arriesgar una proposición, y los ruegos de Ivo, secundados por las lágrimas y las vehementes súplicas de Paulowska, le obligaron á aceptar; primero consintió en servir de emisario de una correspondencia, y después prometió estudiar la posibilidad de la fuga.

X.

FRAGMENTOS.

«Un rayo de luz ha penetrado en mi oscuro calabozo, las paredes heladas se han recalentado. He visto tu nombre, Paulowska, tu nombre escrito por ti misma debajo de algunas líneas.

«¡Ah! después de esta eternidad que no he sabido apreciar, la esperanza, la esperanza reanima mi corazón que ya cesaba de latir!

«Ya no sé pensar, el lápiz se escapa de mis dedos entumecidos; sin embargo, quiero decirte.... Ahora me acuerdo; estaba allí, triste, abatida, sentada sobre aquel húmedo jergón. Han entrado; mis manos sostenían mi pobre cabeza dolorida; no he levantado los ojos, ¿qué podía esperar? Con el mayor silencio han puesto a mi lado un pedazo de pan negro-destinado a prolongar mi suplicio; luego oí caer una cosa a mis pies. Entonces separé corriendo mis cabellos que caían sobre mi frente. Ya el guarda estaba a la puerta del calabozo, se ha vuelto hacia mí poniendo el dedo en sus labios. ¡Gran Dios! ¿por qué callar? ¿Yo tenía que saber alguna cosa?

«Me bajé, la débil claridad que penetraba en mi estrecho recinto, me hizo distinguir una placa de acero.

«Hojas sueltas. Las he recogido con delirio, las he estrechado contra mi corazón, las he besado mil veces, no puedo abrirlas, se turba mi razón.

«Me he puesto de rodillas y he dicho: ¡Dios mío! ¡Dios mío! os doy gracias infinitas. Luego he quedado un poco tranquila; mi temblorosa mano ha podido abrir las hojas y he visto... ¡Ah! hace dos horas que no he visto más que esto, Paulowska.

«En fin, he podido leer las dichas líneas que mis lágrimas borraban antes que fuesen comprendidas. Tú velas por mí, ángel del cielo. Espero, creo... ¡mi suerte cambiará!

«Me dices que mi guarda pondrá en tus manos las hojas arrancadas de este libro de memoria. Voy a darte cuenta de lo pasado; pero hoy no sé.... Te he vuelto a encontrar, sea este el solo, mi único pensamiento.

«Mi memoria me presenta ahora aquellas horribles escenas; el tupido y pesado velo que cubría mi inteligencia se ha levantado.

«Paulowska; yo te dejé en mis vestidos de boda y subí al puente de aquel fatal navio, saludada por los aplausos de la multitud reunida en la orilla. ¡Alejo! ¿Cómo puedo escribir este nombre? Alejo cogió mi mano y me condujo. Yo me admiraba del silencio que todos observaban mientras yo pasaba.... todos desaparecían a nuestra aproximación, y hasta me pareció ver en algunos miradas de compasión; y ciertamente no me equivocaba; me esperaba una fatal sorpresa.

«Sin embargo, me detuve con admiración y con cierta especie de terror, en un parage donde creí hallar un abismo a mis pies.... Venid, me dijo Alejo sonriendo, y entonces, loca de gozo y sin temor de ninguna especie, bajé por una escala, y me encontré en un sitio enteramente oscuro y hediondo. Entonces la fisonomía de Alejo tomó una expresión infernal, y no pude menos que separarme de él horrorizada.

«He aquí, señora, me dijo con irónica cortesía, el lugar que debéis habitar mientras dure nuestro viage. Partimos para Petersburgo, donde Catalina, mi gloriosa soberana, se apresurará indudablemente a ofreceros la corona que solicitábais con tanta ambición.

«A estas odiosas palabras lancé un grito de horror; en seguida no sé qué insensata esperanza me precipitó a

los pies de ese monstruo; cogí sus manos y las humedecí con mis lágrimas.—Me habéis perdido, le dije; pero abandono mis ilusiones de engrandecimiento que vos mismo me habéis hecho concebir, si al menos me queda vuestro corazón, querido esposo; no abandonéis a una joven desventurada que no tiene más apoyo que vos sobre la tierra.

«Me honrais con un título que no me pertenece, señora, respondió el malvado con frialdad desprendiéndose de mis manos. Me parecísteis bella.... no tengo más que decirlos: cuatro servidores enmascarados han representado admirablemente los papeles, de sacerdote griego y de testigos.... Solamente por humanidad os hago esta revelación; soportareis vuestro encarcelamiento con más resignación, sabiendo que volveréis a aparecer en el mundo como la favorita deshonrada y abandonada de Alejo Orlof.

«¡Oh! ¡que indignación tan grande experimentó mi corazón!

«Me levanté de un salto, me parecía que una barra de hierro ardiendo recorría mis venas.

«¡Miserable! exclamé, me quitas el tormento de amar a un monstruo, y bendeciré mi prisión si me sustrae a tu odiosa presencia!

«Calmaos, señora, me respondió con acento burlón, no os parezca que deseo prolongar esta amable distracción ó pasatiempo; pero vuestros vestidos no armonizan con vuestra residencia actual; aceptad los servicios de estas hábiles camaristas.... Y a una señal del malvado se aproximaron dos marineros, de los cuales uno traía en la mano una bata de paño pardo....

«¡No os acerqueis! dije imperiosamente a aquellos dos hombres, que se detuvieron indecisos. Arranqué las flores, las ricas telas que me cubrían, pisoté mis adornos, y me puse la bata que no debía ya abandonar esta desgraciada prisionera; mi energía, mi justa indignación, mi desprecio hacia la infamia, irritaron sobre manera a mi feroz verdugo.

«Haceis alarde de una actividad, me dijo, que es necesario moderar un poco.

«A otra señal trajeron cadenas, cuyo peso no podían sostener mis debilitados miembros....

«Esta última crueldad agotó mis fuerzas, y caí sin movimiento sobre la estera, único refugio concedido a mi quebrantado cuerpo.

«Entonces Alejo, satisfecho, salió.... No le he vuelto a ver.

«¿Cómo podré pintarte, amiga mía, los tormentos que sufría en mi horrorosa prisión?

«¿Cuántas veces, vencida por la fatiga, lograba encontrar en un sueño pesado el olvido de tantos males!... Todo me parecía imposible. Me creía aun la dichosa Maria, rodeada de ternura, homenajes y esplendor.... Aquellas mugrientas tablas de mi prisión, no existían ya; mis manos se alzaban para tocarlas, el ruido de las cadenas me despertaba y me hacía ver la realidad!...

«Llegamos. Echaron sobre mi cabeza un espeso velo para ahogar mi voz. ¿Y era así como yo debía entrar en esta Rusia tan deseada? Un frío rigoroso helaba la sangre que corría por mis venas: durante algunas horas me vibrate del poder de mis verdugos, perdí enteramente el sentido, cuando volví en mí, me hallé sobre este jergón y en este hediondo calabozo: la humedad me hacía mucho daño; las paredes estaban cubiertas de hielo, y un pedazo de manta de lana grosera era mi único preservativo contra esta ruda temperatura. ¡Ay! Paulowska, cómo me acuerdo de aquel aire suave, de aquel delicioso perfume que exalaba el azaar; de mi libertad! ¡Dios mío! ¡la libertad! ¡Gozaba de todos estos bienes y los despreciaba, y llamaba en mi auxilio a la Rusia, a la ingrata Rusia!

«Por espacio de algun tiempo, la juventud y sus

ilusiones que nos acompañan hasta en los mas profundos subterráneos, sostuvieron mis fuerzas. Allejano ruido de los pasos del guarda, siempre mudo, que me traía el alimento calculado para impedir que muriese de hambre, latía mi corazón con violencia. ¡La puerta de mi calabozo iba á abrirse! ¡Tal vez un amigo, un protector llegaba á sacarme de mi prision; pero la aparicion del guarda destruía mis esperanzas, renacia la del día siguiente; pero sucedíanse los días, si puedo llamar día á la débil luz que durante algunas horas me indicaba la marcha del tiempo; habia perdido el valor; no podia resignarme á contar las horas de mi suplicio.

«Mi cuerpo cedió á los sufrimientos materiales; debilitóse mi alma. No me quedó mas que una idea, andar; repetir mil veces los diez pasos de longitud que tiene mi calabozo, á fin de sentir menos con este movimiento el estremado frío que entumecía mis miembros; despues, cuando mis cansadas piernas se negaban á este ejercicio, me envolvía en mi agugercada manta, y con una parte del gergon que me servía de lecho, y encogida, me esforzaba en calentar con mi propio aliento mis helados miembros, hasta que el sueño, este amigo, que como los otros huye de la desgracia, cerraba al fin mis pobres ojos cubiertos de lágrimas.

«Tu carta, Paulowska, ha venido á reanimar mi inteligencia; por ella he sabido que he pasado años en esta muerte moral... ¡Ah! ahora lo veo; tu me amas siempre.

«Han puesto en mi mano un pedacito de papel enrollado. No me he determinado á hacer el mas leve movimiento, he quedado inmóvil; pero cuando ha cesado toda clase de ruido, he desdoblado esta preciosa carta. Solo contenía estas palabras: *valor, atencion continua, el momento se aproxima...* ¡El momento se aproxima! ¡Cómo no sucumbo á esta alegría! pero no; tendré valor, sangre fria; quiero volverte á ver, Paulowska.

«Otra cosa... Obedezco; he dicho que estaba débil, y que sufría mucho; he pedido que me renueven la paja del gergon y que me den otra manta; despues he guardado silencio; he enseñado mis hojas escritas. Me las han tomado.»

XI

LA INUNDACION.

Con efecto, se habia concebido un plan audaz y Peters habia consentido en llevarle á cabo.

El cuerpo de Maria, tan débil á la sazón, debia ser envuelto en el viejo gergon y en la manta, y sacado de este modo por Peters, que le llevaría hasta el pie de la escalera, subiéndole despues á la habitacion de una de las personas que Ivo y su esposa habian ido á visitar algunas veces; Ivo vendría solo, ocultando debajo de su capa el ropon forrado de pieles de Paulowska; llegaría con este objeto un poco antes que fuesen relevados los centinelas; se situaría en un parage oscuro observado de antemano; en el instante que se presentara Peters, Maria, saldría al punto de su envoltura, ceñiría el ropon, y pasaría agarrada del brazo de Ivo, para que la equivocaran con Paulowska. Luego Peters debia ser el guia de la princesa, cuya fuga estaba ya preparada, hasta la frontera; desde allí pasaría á Italia, y se pondría bajo la proteccion del gran duque, y Paulowska que apareceria enteramente estraña á su fuga, pasaría luego á reunirse con ella.

Peters cayó enfermo; y reemplazóle otro guarda, por lo que fué necesario retardar algunos días mas la ejecucion del proyecto.

Era el mes de diciembre de 1777. Una mañana, le-

vantóse el viento de Oeste con violencia; el Neva, hinchado, rompió su prision de hielo que sumergió entre sus grandes olas. Las nubes, impulsadas con rapidez, dejaban entrever un sol pálido, cuya livida tez dejaba en el alma una invisible tristeza, especie de presentimiento concedido al hombre para advertirle la aproximacion de una catástrofe.

De pronto se desencadena el huracan furiosamente; levántose en la ciudad un murmullo, que no tardó mucho en convertirse en un grito general. El Neva no seguía ya su curso; el mar, inespugnable catarata, le regolfaba, y se adelantaba á pasos agigantados.

La noche vino á aumentar el horror de esta escena; en vano se encendían antorchas por todas partes; en vano la gente amenazada de aquella súbita inundacion, emprendía la fuga; las irritadas olas seguían sus pasos, y los gritos desesperados se confundían con el terrible mugido de la tempestad.

A la primer noticia del desastre, Paulowska, fuera de sí y pensando en la posicion de la fortaleza, esclamo:

—¡Maria!...

Y no pudo acabar de formular su pensamiento. Qui-so lanzarse fuera; pero Ivo la detuvo.

—Ya lo sabes, le dijo con firmeza; te has impuesto un nuevo deber; debes consagrar tus días, tu salud, alhijo que me es prometido; sé solamente madre en este momento, y deja que yo reemplace el de amiga.

Durante la ausencia de Ivo, Paulowska lloró y rogó al cielo.

A la vuelta de Ivo, supo que no habia medios de llegar á la fortaleza; pero que la inundacion disminuía con la misma rapidez que poco antes se aumentaba. Pero ¿cómo suponer que la vida de los prisioneros, cuyos calabozos estaban espuestos á la catástrofe se habia libertado de la inundacion?

¡Ay! en tan terrible momento es preciso suponerlo todo.

Despues de una noche angustiosa, Paulowska, obtuvo de su marido ser conducida á la vista del Neva. Apenas rayaba el día; al través de la espesa bruma, parecia que algunas sombras se movían con indecision; todos buscaban en medio de los despojos del huracan un pariente, un amigo, un resto de su fortuna sumergida. Las aguas batían aun las paredes de la fortaleza. Era preciso esperar, en esta horrorosa incertidumbre; cuando llegó la tarde se restableció la calma casi enteramente; Ivo quiso ir solo á enterarse de lo que habia pasado en la fortaleza; pero no pudiendo preguntar nada á Peters sin comprometerse, recogió muy vagas indicaciones. ¿A quién interesaba la suerte de los presos, cuya existencia solo era conocida del gobierno y de los carceleros?

Peters, acostado en su cama, víctima de una fuerte calentura y de una grande debilidad, se levantó bruscamente; salió como un hombre que delira, y creyó acordarse que habia turbado su sueño el ruido de algunos gritos y lamentos. Llamó y preguntó lo que habia pasado. Un jóven, todavía medio muerto del susto, le hizo un confuso relato; á medida que hablaba, Peters sentía su cuerpo estremecerse, y sin dejarle tiempo de acabar, envuelto en una manta que cogió de su cama, apareció delante del carcelero.

—¿Y la prisionera? preguntó con voz agitada; ¿y la prisionera del calabozo subterráneo?

—La he olvidado, murmuró el carcelero; yo creí que todos íbamos á perecer.

—¿Luego no habeis pensado en salvar á nadie? repuso Peters; pero yo... yo estaba encargado de su guarda; no perdimos un momento.

Y el desgraciado, tiritando de frío, precedió al carcelero que le seguía sin osar contestarle, y llamó á dos hombres para que le alumbrasen.

Los últimos escalones estaban aun inundados por el Nevo; la puerta no podía abrirse y fué preciso echarla abajo á hachazos.

Un cuerpo inanimado flotaba sobre el agua; el carcelero, turbado con semejante espectáculo, no percibió el librito de memoria abierto, que nadaba cerca de la in-



fortunada; Peters se apoderó de él y le ocultó cuidadosamente.

Dos ó tres dias despues, Ivo entregó á Paulowska el librito preservado por el espesor del relieve de su encuadernación.

«Me han dado otro guarda; ¿es una medida convenida? ¿Es una desgracia? Ya me habia acostumbrado á mirar al otro como á un amigo; no me determino á hacerle la menor pregunta.

«Me han prescrito la atencion.. todo lo observo; me ha parecido que este hombre tenia su espíritu inquieto cuando vino á traerme mi provision de costumbre.

«Tal vez sea hoy. Hoy, ¡Dios mio! sostenedme; ampareme vuestra misericordia.

«El dia me parece triste y sombrío; ¿es un mal presagio?

«No me engaño, oigo un ruido sordo y lejano; se aumenta; repetidos golpes suenan en las paredes de mi calabozo.... ¡Ah!... no hay duda.... mis libertadores trabajan....

«Esperimento un súbito desmayo....; ya no puedo soportar la alegría....

«Me he prosternado en este frio pavimento; ya estoy fortificada....

«Continúa el ruido.... cada vez es mas fuerte.... sin duda se acercan ¡pero qué violento llega á ser este ruido; ya eso es una imprudencia! ¡Ah! desgraciada, todo se habrá descubierto....! oigo gritos.

«El dia desaparece; unos horribles mugidos me han

hecho conocer la verdad; es una horrorosa tormenta. ¡Misericordia! mis pies están mojados; el agua penetra aqui; ¿qué hago?

«Me he refugiado en mi gergon; pero el agua sube; apenas veo para trazar estas líneas, estas palabras, que si nadie viene á socorrerme serán mi ultimo adios.

«¡Horrorosa agonía! Mis manos están ensangrentadas. He llamado á esta puerta con frenesí; he pedido socorro hasta que me ha faltado la voz; mis gritos se han confundido con el clamoreo de afuera.

«¡Ya no hay esperanza, el agua me llega al pecho... me hiela, me despedaza....

«¡Adios, Paulowska ¡adios!»

CONCLUSION.

El cuadro de tan crueles tormentos llenó de amargura el alma de Paulowska; recibió con ternura los consuelos de su Ivo; pero nada podia distraerle el recuerdo de su amiga.

—¡Ya ibamos á salvarla! exclamaba algunas veces con desesperacion.

En fin, el momento que Ivo esperaba con ansiedad, llegó. Despues de muchos sufrimientos, Paulowska dió á luz una niña; y cuando Ivo colocó sobre su seno á la recién nacida Maria, aquella dulce sonrisa que daba tanto encanto á sus facciones, reapareció por primera vez en sus labios.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



DON ALBERTO LISTA.

DON ALBERTO LISTA.

Acaba de fallecer en Sevilla, su país natal, este eminente literato, y gran poeta. Hace mas de un año que sufrió un ataque pulmonar, que le privó del sentido y le hizo caer en tierra. Cedió este á beneficio de copiosas sangrias; pero algun tiempo despues se renovó la intensidad del mal en tres ocasiones sucesivas. En la última fué preciso ya administrarle el Viático y la Estremauncion. Se temia su último fin, cuando un accidente

extraño, produjo la crisis de la enfermedad, y lo salvó casi milagrosamente. En los intervalos que le dejaron los ataques que experimentó, recobró algun tanto las fuerzas de su espíritu fuerte y de su complexion robusta, y pudo por su mano escribir á varios amigos de esta corte. Dando noticia á uno de ellos del primer accidente que sufrió, decia: «No he contestado antes á la apreciable de vd. de 28 del pasado, y aun ahora tengo que hacerlo por mano aiena, á causa del ataque ó sea congestión pulmonar que he sufrido con gran riesgo de mi vida. Ya llevo tres sangrias, y aunque á beneficio de ellas vá pasada la tempestad, aun estoy sumamente delicado y endable, sujeto á un plan rigoroso, y si bien

fuera de la cama, sin moverme del cuarto. Gracias á Dios que mejoré sus horas para mí, y me sacó de un trance verdaderamente peligroso!» Ya desesperaba de su restablecimiento, cuando al principio de este año escribía al mismo amigo: «Aunque respondo de mi letra á la suya del 19 del corriente, no crea vd. que mi restablecimiento es completo, ni yo lo espero á la edad de 73 años con un catarro crónico, que en mi entender va caminando á ser asma. Yo me he puesto en las manos de la Providencia: porque habiendo llegado á dicha edad sin enfermedades, me sería muy mal contado que me quejase de lo que es muy natural en los ancianos. Horacio dice que el hombre debe salir del banquete de la vida *sicut conviva satur.*» En mayo de este año daba cuenta á dicho amigo de su salud en los términos siguientes: «El segundo día de Pascua de Resurreccion tuve otro ataque á la respiracion, que ha atrasado mucho mi convalecencia. Esta sigue con mucha lentitud; pero el médico espera de la estacion presente un feliz resultado.» Ultimamente, en 8 de agosto anterior escribía: «Hoy hace un año que comenzó la cruel enfermedad que me ha afligido desde entonces. A Dios gracias, y aunque muy lentamente, estoy en convalecencia: mas no me creo todavía libre: pues el discurso (*el que leyó hace poco tiempo en la distribucion de premios del colegio de San Diego, acerca de los males de la ignorancia*) se hizo á retazos, y mediante el favor de amigos que lo escribieron, dictándolo yo, y aun le corrigieron en parte. Pero desde los umbrales del sepulcro, donde he estado cuatro veces, hasta la situacion actual, hay mucha distancia. Sea Dios bendito por todo.» Durante su larga enfermedad, todas sus facultades se hallaban contraidas en la idea de la eternidad: disponia su espiritu para volver al seno de donde habia partido. Sus sentimientos religiosos, tan profundos como vivos, y su fé ardiente, consolaban su alma, y la desprendian, aun en vida, de los lazos que la ligaban á ella. Dios, en su infinita misericordia, se ha dignado concederle el mayor de todos los beneficios; el de ofrecerle tiempo y circunstancias á propósito para morir con la muerte de los justos, realzando al dejar la vida la grandeza de su nombre. Su único esparcimiento en los intervalos de su enfermedad, era conversar con sus amigos presentes, ó escribir á los ausentes, á quienes nunca olvidaba. Aquel era su consuelo hasta el momento mismo de cerrar los ojos en la mañana del 6 del corriente á eso de las nueve ó nueve y media.

Habia nacido en Triana, arrabal de Sevilla, en 15 de octubre de 1775, ocurriendo la singular coincidencia de que en igual dia hubiese nacido Virgilio, que fué siempre el idolo del señor Lista, que sabia de memoria todas las obras del poeta latino. Sus padres eran pobres, pero muy honrados. Tenian una pequeña fábrica de cintería, en la que aquel, siendo muchacho, tuvo que trabajar para seguir sus estudios. Siguió la carrera eclesiástica, y estudió en la universidad de dicha ciudad filosofia, teologia y cánones, y en las clases de la Sociedad Económica un curso completo de matemáticas. A los 13 años ganaba su subsistencia dando lecciones de aquellas ciencias, y era ya el apoyo de su familia. A los 15 años era profesor de las mismas en los estudios de dicha ciudad. A los 20 fué nombrado por el rey catedrático de la misma facultad en el colegio de San Telmo; y á poco ganó por oposicion una cátedra de filosofia en el colegio de San Isidoro de la espresada ciudad de Sevilla. Fué tambien profesor de humanidades; y tuvo ocasiones de desempeñar por largo tiempo cuatro cátedras á la vez. Toda su larga vida la empleó en la enseñanza y en escribir. Deja innumerables discipulos, entre los que recordamos en este momento los nombres de don José Manuel de Arjona, antiguo camarista de Castilla, don Facundo Infante, don Alejandro Mon, don Ventura de la Vega, el baron de Bigüezal, el marqués de la

Roca, el conde de Altamira, el conde de Pino Hermoso, y su hermano don Mariano Roca de Togores. Escribió el señor Lista varias obras, y publicó ademas una coleccion de poesias. Sus excelentes articulos en diarios y Revistas son innumerables, y se versan principalmente sobre materias politicas, literarias, científicas y administrativas.

Hoy, para mitigar algun tanto nuestro dolor por una pérdida tan irreparable, y para ofrecer en las páginas del *Museo* un tributo á la memoria de tan eminente poeta, diremos algo del extraordinario mérito de sus poesias. Ya que ha desaparecido, hallaremos en estas sus delicados sentimientos y todo su espiritu.

Quizá no habrá un poeta en quien concurren las circunstancias del señor Lista. Habiendo cultivado desde sus mas tiernos años la poesia con el mismo ardor con que ha profundizado todas las teorías del arte; y ocupándose en la enseñanza de las humanidades desde la edad de diez y seis años, de cuyas penosas tareas descansaba cantando lo que su ingenio le inspiraba, puede decirse que ha sido el maestro mas célebre de la juventud, á la que ha instruido con su doctrina fecunda y con sus brillantes ejemplos. Como profesor de literatura en varias capitales de España, y enseñando privadamente, escitaba siempre á sus discipulos á que se ejercitasen en la composicion, á que cultivasen sus dotes y á que siguiesen la senda que él les señalaba, y en la que les habia precedido y les acompañaba. Se complacia en examinar sus ensayos y en corregirlos y mejorarlos en presencia de sus autores, haciéndoles ver sus desaciertos, aplaudiendo los rasgos felices, y animándolos á subir hasta la cima del Parnaso. Con ellos estudiaba los modelos de la antigüedad, y analizaba las grandes obras de nuestros poetas. De esta manera ha conseguido lo que quizá ningun poeta ha logrado en sus dias, y es hacerse clásico, y servir de modelo á poco de haberse publicado sus poesias. La misma celebridad de estas y el aplauso con que fueron recibidas, correspondian admirablemente á la especial predileccion con que sus mismos discipulos, por un gusto especial y por un instinto literario, casi involuntariamente las imitaban.

Aunque el señor Lista en el prólogo de la segunda edicion de sus poesias, da cuenta sumariamente de su sistema de poetizar, reconociéndose con su natural sinceridad, un discípulo aprovechado de Rioja, es preciso reconocer, que como maestro del arte, tan familiarizado con todas las formas de nuestra diction poética, dominando todos los recursos de la lengua, con una fuerza extraordinaria de imaginacion, y con una admirable flexibilidad de ingenio, ha recorrido todos los tonos de la lirica española, empleando con igual ventaja y desembarazo todas las formas de aquella. Desde el sencillo epigrama hasta el canto de la Divinidad, no ha quedado espacio que no haya corrido, comunicando á sus versos la nobleza y escogimiento de Herrera en el estilo, la gracia y soltura de Anacreonte en los pensamientos, y la sublimidad y atrevimiento de Pindaro. Estudiando desde sus mas tiernos años á Horacio y á Calderon, nadie mejor que él ha imitado al primero en la intencion lirica con que cantaba, y al segundo en el decir urbano y en el decoro con que espresa el amor. Esto último, forma uno de los caracteres especiales del señor Lista, para quien el amor no ha sido en sus versos un objeto de sensualidad, como se observa en muchos poetas italianos, no un mero pasatiempo y un juego de ingenio como sucede á los franceses, sino un asunto sério y grave, que interesa nuestra razon y que nos obliga á tributar una especie de culto á la persona amada, á la que miramos como árbitra de nuestra suerte, como señora de nuestros pensamientos, y como objeto digno de nuestro respetuoso homenaje. Esto, que es propio de los españoles y particularmente en nuestros

tiempos caballerescos, tiempos de gloria política y literaria, formaba parte del carácter nacional, y no podía menos de descubrirse en las composiciones de nuestros mas grandes poetas. De esta manera representa Calderón a sus enamorados galanes; de esta manera espresaron su pasión el amante de Elidora y el de Elisa. Estos fueron sin duda los principales modelos que se propuso el señor Lista, y por eso siempre aparece en este género, tan culto y razonado, como tierno y respetuoso. Por eso en las poesías amorosas ha sabido fijar el cantor de Anfriso el interés que esta pasión debe inspirar en corazones españoles, comprendiendo al mismo tiempo la decencia y decoro con que naturalmente deben trasmitirse á oídos estraños, al público y á la posteridad, los afectos mas tiernos y arcanos del alma.

Nutrido desde sus mas tiernos años con el estudio incesante de los modelos que hemos indicado, ha sabido fijar los verdaderos caracteres de la poesía lírica, atendiendo y amenizando la penosa pero útil tarea de la rima, y dándole todas las mejoras de que era susceptible y que debían esperarse de sus primeros y felices ensayos. Manejando con sumo desembarazo y maestría la versificación y con el genio y extraordinarias dotes que hemos apuntado, fácil le ha sido ejercitarse en todos los géneros, en el patriótico y amatorio, en el sagrado y el epigramático, en el filosófico y en el pastoril. Dificilmente se presentará un modelo que le esceda en escogimiento y propiedad y abundancia. Siempre variado é interesante en sus descripciones, sabe agradar y cautivar la atención de sus lectores hasta por cierta especie de ligereza con que sabe dar realce á sus pensamientos y por la naturalidad y abandono con que retrata su corazón; sus odas á la Amistad, á la Beneficencia, á Fileno y á Melendez, muestran un alma tierna, adornada con todas las virtudes mansas y suaves, que hacen amable la verdad y aseguran el interés y respeto de los lectores. El señor Lista se muestra en sus poesías patriota, amante, amigo y adorador de un culto sábio; ora es un pastorcillo lleno de ternura que presenta á su Filis un ramo de tulipanes y ora el que anima á los guerreros sus conciudadanos; el que reprende á los hombres y corrige sus flaquezas; el que sube al trono del Eterno, y canta los himnos gloriosos que llenan las almas de melancólica y sublime grandeza.

Todos los pueblos cultos han cantado á sus divinidades; y la moderna lira podría sin baldon desdeñarse de este empleo tan santo, tan propio á inspirar los sentimientos elevados que fijan la suerte de la humanidad? En este género se ha ejercitado el señor Lista, y por cierto con un ardor y un entusiasmo, que solo pueden explicar la exaltación de sus sentimientos religiosos. Aunque se haya creído por algunos que la naturaleza de estos asuntos, de los cuales han querido suponer que la imaginación no puede dominarlos, no era á propósito para la poesía; y á pesar de toda la esterilidad y avidez que quiera suponérseles, el señor Lista ha sabido adornar con todas las galas de su genio poético las ársias de la tierna virgen que anhela por estrecharse con su tierno esposo, y cantar con todo el estro de su genio el nacimiento del Hombre-Dios, la resurrección de éste, la concepción de la madre de Dios, y los misterios profundos de Jesus Sacramentado. Entre todas estas composiciones descuella la primera de la colección, y que el poeta consagró á la muerte del Redentor. En ella se correspondieron de un modo admirable el genio y la maestría del poeta, y el entusiasmo y la inspiración de un hombre profundamente religioso. Es menester leer toda esta composición, para formar de ella una cabal idea: todo en la misma es singular y extraordinario; la belleza de la dicción, las gracias del estilo, su particular entonación, su colorido, y la unión con que canta el poeta y que comunica á

cuantos le escuchan. En concepto de los inteligentes es una de las primeras de nuestro parnaso en este género, y de la cual no hemos dudado asegurar en otro escrito, que *durará lo que dure el habla castellana*. Los sentimientos que inspira al poeta la profunda contemplación de aquel santo misterio, se transmiten á los lectores. Si nuestros elogios pareciesen exagerados ó parciales, diganos todo hombre sensible y religioso que la haya visto, si se ha contentado con leerla una sola vez.

¿Y eres tú el que velando
La escelsa magestad en nube ardiente
Fulminaste en Siná? y el impio bando,
Que eleva contra ti la osada frente,
Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?

La natural y fuerte contraposición de las ideas en esta entrada, y la profundidad del sentimiento que sobrecoge al poeta, anuncian la grandeza del espectáculo que se ofrece á sus ojos, y que conmueve su corazón. Pero el dolor que aquel experimenta necesita de una leve tregua, y la halla en la conformidad religiosa, tan felizmente espresada en estos versos:

Así el amor lo ordena,
Amor, mas poderoso que la muerte.

Y amplificada despues en los bellísimos de la estrofa siguiente, en los cuales el poeta manifiesta tambien su admiración respetuosa por los decretos eternos del Altísimo:

¡Oh víctima preciosa,
Ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacurada,
Y hostia del amor tierno
Moriste en los decretos del Eterno.

¡Qué valentía de espresión en los dos primeros versos! ¡qué riqueza de poesía en los que siguen!

Mas es forzoso volver al dolor, que no ha podido disiparse en el alma del contemplador poeta, y volver á él derecha por la angustiosa pena que la oprime.

Mas hora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado:
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz estinguida
En amargo suspiro das la vida.

Es admirable esta suavidad de colorido con que parece el Salvador en el último trance de su sacrificio; ¡qué maestría! ¡qué delicadeza de pincel! Es imposible ser indiferente á los tiernos sentimientos que inspira. Véase en seguida al poeta corriendo al llanto y á la contemplación mas tierna, como se exhala al ver el espectáculo de Jesus en la cruz.

¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mio?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cual brazo impio
A tu frente divina
Ciñó corona de punzante espina?

No hallamos palabras con que elogiar debidamente esta estrofa: para darla á conocer no bastaría compararla con la espresión del sentimiento de una madre, que contempla muerto al hijo de sus entrañas. Toda-

via son mayores la suavidad y delicadeza de estos dos versos:

Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesús doliente.

El poeta vuelve á considerar humilde y religiosamente el sublime misterio de la redencion del linage humano. Toda la pieza se compone de mútuos embates entre el dolor y la consideracion cristiana, y cada vez que se presenta uno de estos estímulos, aparece con mas fuerza y novedad. ¡Qué grande es la idea encerrada en los cuatro últimos versos de la estrofa 8.^a donde se dice que solo la sangre del cordero podria aplacar la cólera divina! El último de ellos ha parecido débil y forzado á los que no han comprendido su artificio. Un versificador tan diestro como el señor Lista, fácilmente habria podido reconstruirlo y mejorarlo; cuando no lo ha hecho, creemos que ha querido que la estructura material de este verso y su falta de armonia espresen toda la fuerza del sentimiento y toda la debilidad del abatimiento.

Este nuevo giro que tan naturalmente toma el poeta, le sirve para llevar á su debido término la composicion. Va contemplando la agonía de Jesús, y la estincion simultánea de la cólera divina; y cuando el ángel de la muerte está para recoger el último suspiro del Hombre-Dios, el poeta concluye su canto con la estrofa que sigue, en la cual se hallan comprendidos todos los sentimientos que han conmovido su corazon en el discurso de él.

Rasga tu seno, ¡oh tierra!
Rompe, ¡oh templo! tu velo. Moribundo
Yace el Criador... mas la maldad aterra,
Y un grito de furor lanza el profundo:
Muere!.... Gemid, humanos,
Todos en él pusisteis vuestras manos.

El *Semanario Pintoresco* decia, que en estos magestuosos y sublimes versos, es otro fray Luis de Leon el que canta la muerte de Jesús. No podemos hablar por falta de espacio de todas las poesias sagradas que comprende la coleccion, aunque todas tienen bellezas que admiran. La oda á la *Concepcion de Nuestra Señora* consta de 400 versos, que forman un verdadero poema, lleno de las mayores bellezas, de imágenes grandiosas, y de inagotable riqueza de diccion y de estilo. El plan está tomado segun encargo al autor la Academia Sevillana, en el año de 1800, del capítulo 12 del Apocalipsis. El argumento es bastante delicado y espinoso; pero no ha habido dificultades que no haya sabido vencer el talento del poeta.

Al rey que en medio el lago tenebroso
Ya en cadenas de fuego gime atado
Al trono adusto que erigió el delito:
Deshecha la corona, el cetro odioso
Yace aparte arrojado:
Los ásperos clamores
Feroz repite, etc.

Esto es digno de Virgilio; y tal vez escede á la pintura de la guerra en la Eneida. La descripcion de la salida de Satanás es de un tono sublime: no podemos dejar de copiarla.

Ya la funesta puerta se estremece
Y estalla fragorosa: entre humo y trueno
Dragon sañudo por la dura escama
Vertiendo sangre y roja luz, parece:
Prenados de veneno

Siete cuellos enhiesta;
Arde ceñida de insaciable llama
Cada ominosa cresta;
Y de diez negras astas coronado
Aterra al hombre atónito y postrado.
Rompe del negro lago: contra el cielo
Vibra el monstruo feroz la cola ardiente,
Y en pos teñidas de horrorosa lumbre
Estrellas mil y mil arroja al suelo.
Así rugiendo herviente
Incendio proceloso
Rompe del Etna la abrasada cumbre;
Y entre el humo nubloso
Globos de fuego pálido desgaja
Y de árido alquitrán los mares cuaja.

No podemos tampoco dejar de mencionar, el religioso entusiasmo de la magnífica oda á la profesion de *doña Maria Fernanda Blanco*, y la incomparable ternura de la que á ella sigue, dedicada á la profesion de otra religiosa, en la cual ha imitado tan perfectamente el poeta el estilo de San Juan de la Cruz, ó el *Cántico de los Cánticos*, que es el verdadero modelo de ambos: tampoco nos detendremos en la profunda oda á la *Providencia* ni en la dirigida á *Silvio en la muerte de su hija*, llena de accion, y de todos los movimientos que pueden imprimir á un corazon sensible el dolor paternal por una parte, y por otra la religion y la filosofia. Todas las composiciones religiosas del señor Lista, y en particular la primera á la muerte de Jesús, bastarán para dar á conocer su extraordinario genio.

Despues de estas, las que mas atencion nos merecen son las filosóficas, y entre ellas damos la preferencia á la oda á la *Beneficencia*, en la cual hace sentir el poeta de la manera mas viva y desusada la dulzura y los encantos de esta virtud, madre de todas las virtudes. Hay pensamientos tan originales en esta oda, sentimientos tan tiernos, y un entusiasmo tan puro, que no puede quien la lea dejar de gozarse en ser hombre. El principio de la composicion es hasta cierto punto suave y templado; mas ya desde la segunda estrofa, el poeta descoje sus alas y se lanza al espacio para derramar con profusion el tesoro que guarda en su alma. Dirigiéndose al amor ciego, á quien no quiere ya cantar, poseído como se halla del amor de la humanidad, esclama así:

Dulce ilusion, aunque gozosa, vana,
Que lo mejor robaste de mi vida,
Huye veloz, como la luna herida
Del triunfante esplendor de la mañana.

Estos magníficos versos sirven de preámbulo á la invocacion que el poeta hace á la misma Beneficencia, á la cual saluda de esta esquisita manera:

Salve, luz celestial; fuego escondido
Que en este yerto corazon dormias:
Salve; disipa con tus llamas pias
La ciega oscuridad de mi sentido.

El pensamiento, que en este lugar solo indica el poeta, considerando á la Beneficencia como dormida en su corazon, se convertirá despues en un sentimiento vivo, en cuya espresion nos muestra hasta los últimos senos de su alma. Ya al fin de la oda, en la estrofa 24, vuelve á saludar á la Beneficencia en estos términos:

Salve, hermosa virtud. ¿Cómo, si dabas
Alma y vida á mi ser, no te sentia?
¿Cómo en mi seno sin vigor yacia
La fuerza celestial que le inspirabas?
Ya sé cual es la fuente

De aquel vago llorar que la ternura
Vertió á mi rostro ardiente:
Ya conozco del bien la emocion pura,
Que el misero gemido
Tal vez me sorprendió del desvalido.

No caben mas afectos en un alma tierna, ni mas idealidad en la espresion de un sentimiento.

Con gusto notaríamos otras muchas bellezas de esta larga oda, que contiene 28 estancias de á 10 versos; pero no siendo posible, nos limitaremos á señalar dos estrofas, la 15 y la última, ambas notabilísimas por la novedad del pensamiento, y la extraordinaria felicidad de la espresion. En la 15 solicita el poeta que el amor se convierta en amistad, y dirigiéndose á aquel, le dice:

Las dulces flechas que te dió natura
Para esparcir del ser la llama ardiente,
Templa, ¡oh amor! en la sagrada fuente
De la amistad inextinguible y pura:
Y el amante enlazado
A la gentil beldad que lo enamora,
En lágrimas bañado
Esclame al despuntar de cada aurora:
«¡Destino venturoso
El de hacerte feliz siendo dichoso!»

En fin, la última estrofa es inapreciable por el partido que ha sabido sacar el poeta para una de las comparaciones mas nuevas y felices, de la sencillísima cuanto vulgar operacion de sacar lumbre del pedernal. Esta estrofa seria suficiente para calificar el genio de un compositor. Héla aquí:

Así del claro sol destello puro
En tímida centella trasformado,
Entre sus densas láminas trabado
Encierra el pedernal inerte y duro.
Mas si activo el acero
Fuerza á mostrarse la encubierta llama,
Con ímpetu ligero
Sobre el pábulo breve se derrama,
Y crece, y es hoguera
Que al Alpe, y á Pirena consumiera.

Entre las piezas clasificadas por el señor Lista bajo el título de *Líricas profanas*, las hay, como en todos los géneros que ha cultivado, de un mérito sobresaliente; la mayor parte son conocidas del público, y éste acaso convendrá con nosotros en considerar el *Himno del desgraciado* como uno de los modelos mas perfectos de la buena poesia sentimental que tenemos en castellano. Abunda en pensamientos fuertes que agovian la imaginacion, y en sentimientos ora vivos, ora patéticos que alternadamente hieren el alma ó la deshacen con tierna compasion. Toda la pieza es trágica; el final es una verdadera catástrofe. Ven, dice el poeta al sueño:

Ven, termina la misera querella
De un pecho acongojado
¡Imágen de la muerte! despues de ella
Eres el bien mayor del desgraciado.

¿Y qué diremos de los romances? En ellos hay mucha variedad, porque aqui todo abunda, y exigirían ellos solos un largo exámen. Contentémonos con observar que el poeta ha sabido darles, en todos sus géneros, el tono conveniente, despues de evitados los defectos que se notan en los escogidos de Góngora y Quevedo, y en otros modernos. Sobresale particularmente en el interés y

belleza de las descripciones, en el escogimiento de la dición y en la soltura y naturalidad: en esto último compite con los mejores modelos. El dirigido á *Eutimio en la muerte de su madre*, es uno de los que hay mas bien hechos en castellano. Largo seria el analisis que de él hiciésemos para descubrir todo su artificio y sus bellezas. El trozo que comienza: «Este solitario asilo», y acaba «condenó la suerte injusta» compite con el famosísimo trozo del de Angélica y Medoro, aunque es diverso el asunto de ambos romances. Hasta el asonante en *ua* escogido por el autor, añade un mérito singular á la composicion, no solo por la escasez de las palabras en esta terminacion, sino por el sonido del mismo asonante, que es mas á propósito para los objetos lúgubres. En este romance, como en todos los demás, la versificacion del señor Lista y el estilo son de Góngora; á quien consideramos como el último término de lo bello en materia de romances. En el que ya hemos citado dirigido á *Eutimio*, se lee el siguiente epitafio, que el poeta coloca sobre el sepulcro de la madre de su amigo Gorostiza.

A la mejor de las madres
De un fiel hijo la ternura.

En el que la naturaleza habla, y quizá con mas sentimiento é interés que en él

Formosi pecoris custos, formosior ipse.

No podemos dejar de dar algunas muestras de este género.

Solo la virtud ignora
Los horrores de la tumba,
Y en el naufragio del mundo
Sobrenadará segura.

Adios, adorada ingrata,
Quédate con tus desdenes
Que ya el pecho resistencia
Para sufrirlos no tiene.

Dos años há que te adoro,
Desde aquella noche aleve
Que entre juegos y alegrías
Me distes herida de muerte.

En los idilios se ve trasformarse nuestro poeta en zagal culto llorando las esquivaces de su amada, ó celebrando sus risas y sus encantos, ó ensalzando con rústica zampoña los placeres de la naturaleza. ¡Qué variedad tan hermosa! Estos son los cantares de la inocencia, y pureza de corazon, que debieron caracterizar al hombre en sus primeros dias, cuando aun no se le habia hecho esclavo del delito: estos los que hicieron famosos los nombres del lirico de Teyo, de Teócrito y Bion, y al dulcísimo Virgilio. Despues de Melendez, puede decirse, que en Lista solo se encuentra la lirica de canto. ¡Qué ternura y apacibilidad en el 28!

Estos son los preciosos momentos
Que concede la muerte á un amante!

¡Que es verle trasformado en Anacreonte, cantar las gracias de su jardinera, y rivalizar hasta con las plantas que riega!

¡Ay Mirtila! ¿tan solo
Piedad merecen ellas?



Y al mirar una rosa, le parece que su amada pier-
de el abril de su belleza, y con melancólica sencillez es-
clama:

¿No ves aquella rosa
Que con beldad lozana
El lindo seno ofrece
Al céfiro del alta?
Pues aun no bien las sombras
Del alto monte caigan,
Cuando su pompa hermosa
Mústia veras y ajada.
No pierdas, no, Mirtila,
Tu placida mañana:
La mas brillante rosa
Al otro sol no alcanza.

Para la imitación tenía el señor Lista igual talento
que para las demás composiciones. Estas dos espe-
cies de talento que rara vez se hallan unidas en una so-
la persona, las reunía él de un modo admirable. Son
muchísimas las creaciones de su genio; y al mismo
tiempo siempre que ha intentado imitar ó traducir
obras ajenas, por diverso que haya sido el carácter de
ellas y de sus autores, lo ha hecho maravillosamente,
transformándose todo en el autor que ha imitado ó tra-

ducido. Sorprende la flexibilidad de su genio al ver-
le imitar tan felizmente á Calderón como á Horacio; pero
al leer las traducciones que de este último ha hecho, al
leer la oda en *loor de Druso*, no podemos menos de sen-
tir que no haya dedicado algunos de los ócios que le han
dejado tiempo para otras composiciones, á darnos una
traducción completa de las odas del lirico latino. Otra
empresa mas vasta, y que nos hace mas falta, cual es
la traducción de la *Encida*, hubiera sido muy digna de
sus grandes facultades y de su genio. Nadie hubiera po-
dido llevarla á cabo como él, despues de las muestras de
habilidad y maestría que nos ha dado. Su corazón tenía
mucha analogía con el de Virgilio: su pluma hacia los
versos con la facilidad de Ovidio.

Las muestras que hemos propuesto, y en que he-
mos fundado nuestras observaciones, acreditan el mé-
rito literario del señor Lista como poeta digno de ser
imitado, siéndolo ya por algunos de sus mas brillantes
discipulos: acreditan el genio poético del cantor de
Anfriso, que sabe acomodarse á todo género de inspi-
raciones, y la justicia con que tanto la crítica literaria
como el entusiasmo de las personas de mejor gusto le
han colocado entre los liricos mas eminentes de las na-
ciones cultas.

ESTUDIOS DE VIAGES.

EL MONTE VALERIANO.

En la primavera de 1844 me hallaba en París á ver
la esposicion de industria, y vivia en una fonda con
otro español llamado Salcedo con quien no tardé en
contraer relaciones de buena amistad; ya habíamos vi-
sitado todo lo mas notable de aquella capital y sus inme-
diaciones, y estábamos á punto de emprender nuestro via-
ge de regreso, cuando oímos hablar un día á un francés,
del monte Valeriano con tal entusiasmo, que no pudimos
resistir á la tentación de visitarlo. Por fortuna el satis-
facer este deseo es en París la cosa mas fácil y econó-
mica del mundo, pues el monte solo dista dos leguas, y
sabido es que en Francia los carruages abundan mucho
y cuestan poco; alquilamos uno, nos acomodamos en él,
y á poco rato nos hallamos en la cima de la celebrada
montaña que se eleva en medio de una deliciosa campi-
ña sembrada de infinitas y fragantes flores. Su alti-
tud geométrica es de unos 450 pies sobre el nivel del
Señal: segun las noticias que nos suministraron va-
rios habitantes de aquella reducida comarca, parece ser
que la montaña debe su nombre á algun romano que fi-
jó su residencia en las Galias, que probablemente se
llamaria *Valerius* ó *Valerianus*, y que hizo de este para-
ge una villa. La historia primitiva de la monarquía
franca, guarda un profundo silencio acerca de este lu-
gar, y solamente se encuentra citado de una manera au-
téntica en el cartulario del capitulo de Saint-Cloud, del
año de 1209 y en las cartas de Odon de Sully, obispo de
París en 1204. No hay duda que desde los primeros si-
glos del cristianismo, algunos hombres piadosos y aman-
tes de la solitaria contemplacion, pasaron á este lugar
con el objeto de buscar un santo retiro en la cima del
monte Valeriano; pero la tradicion, siempre confusa,
(nos dijo un clérigo francés), no es exacta respectiva-
mente á los ermitaños que alli residieron, los que em-
pezaron á erigir sus ermitas el año de 1056.

Descosos de adquirir algunas mas noticias, nos diri-
gimos á un venerable anciano de barba crecida y blan-
ca, morador de este santo lugar, quien se ofreció gos-
toso á referirnos cuanto sabia respecto al monte Vale-
riano, y dió principio al relato de este modo:

Bajo el reinado de Carlos VI por los años 1400, el
monte Valeriano era un lugar consagrado á un ana-
coreta, al que habia precedido una larga série de er-
mitaños cuyos nombres no nos ha trasmitido ninguna
historia ni leyenda. Estableció su humilde recinto á es-
paldas de la parte oriental de la montaña: en aquella
época era ya conocida esta comarca con el nombre de
Canton de la Cruz, pues hace mas de trescientos años
que en este sitio se elevó un pequeño calvario, y pre-
cisamente á esta piadosa fundacion debe el pais su de-
signacion de *Campo de la Cruz*. Este primitivo y humil-
de calvario, es, pues, la cuna del gran calvario, de cu-
yo origen trato de hablar á vds. brevemente. De modo
que las cruces y los cenobitas dedicados aqui al rezo
y á la meditacion, vinieron á ser, por decirlo así, el
gérmen de la solemne y cristiana institucion que no
tardó en aparecer en el monte Valeriano, y de contri-
buir á la grande afluencia de los fieles que continua-
mente venian á visitar su venerada cima. Huberto Char-
pentier, que nació en Coulommiers en 1563, tuvo la
gloria de crear esta hermosa y piadosa institucion. Sin
embargo, á pesar del apoyo que encontró en la corte,
y en el hombre mas poderoso de la época, esto es, el
cardenal Richelieu, solo por medio de enojosos obstá-
culos logró Charpentier transportar sobre la santa mon-
taña todos los misterios sensibles de la pasion de Nues-
tro Redentor. Su profunda fé, sus enérgicas resolucio-
nes, su firmeza de ánimo, allanaron las dificultades
que se oponian á su proyecto, y bien pronto en el co-
razon de la Francia, á la puerta de la capital, y sobre
la tierra mas histórica de nuestra patria, vimos y reve-
rencias la cruz del hijo del hombre, dominando en
medio de toda su humildad, el mundano esplendor de
la residencia de los reyes. El antiguo calvario colocado

sobre la roca de Betharam, en las gargantas de los Pirineos, se presentó con mayor magestad, mas sublime, en el centro de la civilización y de las pasiones sociales, como para lanzar sobre París las grandes ideas del catolicismo y de lo infinito, que son siempre la salvaguardia de los pueblos. Aproximar así la terrible pero consoladora enseñanza de la cruz, á un centro de perversidad, es la obra mas grande que puede concebirse. Sin duda, los piadosos peregrinos de Navarra, de Vizcaya, y del Bearnés, iban á visitar á Betharam; pero la influencia de este calvario, ¿podía compararse á la de la nueva cruz, brillante como el sol del Mediodía colocado en mitad del horizonte? Además, las guerras de religión habian arruinado el culto de la cruz en Betharam, cuyo calvario sirvió de modelo y de padre al del monte Valeriano; y si este culto refloreció aquí, también lo debemos á los prolijos cuidados de Charpentier; á él somos deudores de este homenaje. ¿Y quién hizo todo esto, señores? Un pobre sacerdote, sin fortuna, sin prestigio, sin apoyo por parte del mundo, ni otro sosten que su confianza en Dios, y en su celo ardiente hacia su servicio. Me es imposible seguir paso á paso los destinos del monte Valeriano; será bastante que diga á vds. que una morada espaciosa, una iglesia, y en fin, la congregación de los sacerdotes del Calvario, fueron la obra de Charpentier. La capilla de la congregación del monte Valeriano, que contó una multitud de prelados ilustres en su seno, no fué consagrada sino cincuenta años después de la muerte de su fundador, es decir, en 1700. Se elevaron tres altares; el uno con el título de la Cruz el otro con el de la Virgen, y el tercero con el de San José.

Aquí nuestro elocuente narrador hizo una breve pausa, y lanzando después un profundo suspiro prosiguió.

—Tal era, señores, el estado del calvario en el momento de la revolución de 1789. No pudo substraerse á la suerte que experimentaron todos los monumentos nacionales del culto y todos los establecimientos religiosos. Mr. Merlin de Thionville, que vino á ser propietario de este santo retiro, por una amarga y deplorable ironía, concibió el designio de levantar en el sitio de las Cruces un templo á Venus. Sin embargo, no bien comenzaron á relucir días mas serenos y bonancibles para la religión, el clero de París se recomendó por sus constantes esfuerzos para volver á la santa montaña á su primitivo destino. En 1807, Mr. Faucachon, nuevo poseedor de este recinto, entregó la colina sagrada á los religiosos de la Trapa, los cuales se consagraron aquí á las austeridades de la vida ascética; pero Napoleón, habiendo sospechado que se tramaban conspiraciones en este asilo de la piedad y la mansedumbre, espulsó á los religiosos de su morada, y mandó destruir las obras piadosas, excepto dos capillas construidas por Mr. Faucachon, y dispuso que se diera principio al vasto edificio que contemplamos hoy destinado á los huérfanos de la legión de honor.—En los primeros tiempos de la restauración, el abad de Forbin-Janson, después obispo de París, quiso cerrar las llagas del monte Valeriano, y reedificó el Calvario. El rey Luis XVIII, por un decreto del 15 de setiembre de 1822, concedió el calvario á los misioneros de Francia, con la condicion de que ellos acabasen las construcciones emprendidas, recibiesen á los peregrinos, y continuasen el culto de la cruz; el abad Forbin, que, con el abad de Rauzan acababa de fundar esta congregación, volvió á dar á la santa montaña un lustre igual, si no superior, al que habia obtenido antes de 1791. Reaparecieron las tres cruces, las capillas y demas objetos que embellecian esta santa residencia; pero una nueva revolución, la de 1830, vino también á destruir los simbolos sagrados y á minar la obra de la religión. ¡Ay, señores! exclamó el anciano con acento melancólico,

seria difícil formarse una idea de las devastaciones impías de que volvió á ser objeto el Calvario; yo lo he presenciado todo, señores, y apenas hallo palabras que sean exactas para calificar aquellos procedimientos de esterminio... y de impiedad.

Pero vds. no habrán aun visitado el interior... síganme, caballeros, y contemplarán lo que en el día existe.

Obedecimos á nuestro anciano narrador y lo estuvimos observando todo con la mayor prolijidad.

Se encuentra sobre el monte Valeriano un espectáculo bien triste á la verdad: allí se vé una iglesia llena de grietas; es una especie de arquitectura arruinada antes que el pensamiento se hubiese formulado. A tiempo que entráramos en la iglesia, dijo con voz lastimera nuestro guía.

—Alabado sea el Señor: ¡Dios te lo habia dado. Dios te lo ha quitado! Cuánto sentimiento me cuesta entrar en este asilo, donde ya no oigo resonar los cantos sagrados de otro tiempo! ¡Todo enmudece, todo está desierto!

No parece sino que los hunos ó los vándalos acaban de pasar por aquí. ¡Oh! que poesia tan enérgica, tan elocuente, tan dramática hay en este silencio, en este desierto, en estas ruinas.

Con efecto, dimos principio á nuestra observación, y reparamos que las tres cruces del calvario estaban rotas, las capillas casi completamente destruidas; las verjas, los simbolos piadosos, todo estaba violado, diseminado y convertido en pedazos.

—¿Y á quien pertenece esto? preguntó Salcedo al anciano, con mucha oportunidad.

—Amigo mio, respondió el anciano, el monte Valeriano, es hoy propiedad nacional; está bajo el cuidado del gobierno, que aun no sabe lo que hará de él. Está escrito en el gran libro de Dios, que esta montaña estará casi siempre huérfana y desamparada....

—También por nuestra España, interrumpió Salcedo, hay monumentos sagrados de tan gratos recuerdos como este que han pasado á ser propiedad de la nación; pero acaso ninguno exista que no esté destinado para alguna cosa. Unos han venido á ser cuarteles, otros paradores de diligencias, en varios se han erigido teatros colocando el escenario donde antes estaba el altar mayor.

—Esa son inevitables consecuencias de las revoluciones, dije yo al instante.

—No me admira, repuso el anciano; nuestra revolución de 1830, no se limitó á sembrar con estos despojos el suelo del monte Valeriano, se quiso además ultrajar las paredes que quedaron; pero felizmente, después de estas saturnales, muchas almas católicas han venido á llorar sobre esta altura y han dejado piadosas inscripciones.

Penetramos mas en lo interior, y llegamos á la capilla de la Virgen. Al lado de un renglon infernal, leímos este pasaje del salmo:

Illi sedimus et fluvimus.

Y un poco mas lejos estas palabras de Jesucristo puestas en francés:

Perdónalos, padre mio, que no saben lo que se hacen.

Encima de las palabras impías que escribieron con carbon los vándalos del siglo XIX, se encuentra esta inscripción.

Gloria al Señor de las alturas.

—Solo una cosa ha sido respetada en el monte Valeriano, dijo nuestro guía.

—¿Cuál? preguntó al instante mi compañero.

—El cementerio, donde reposan tantos nombres ilustres.

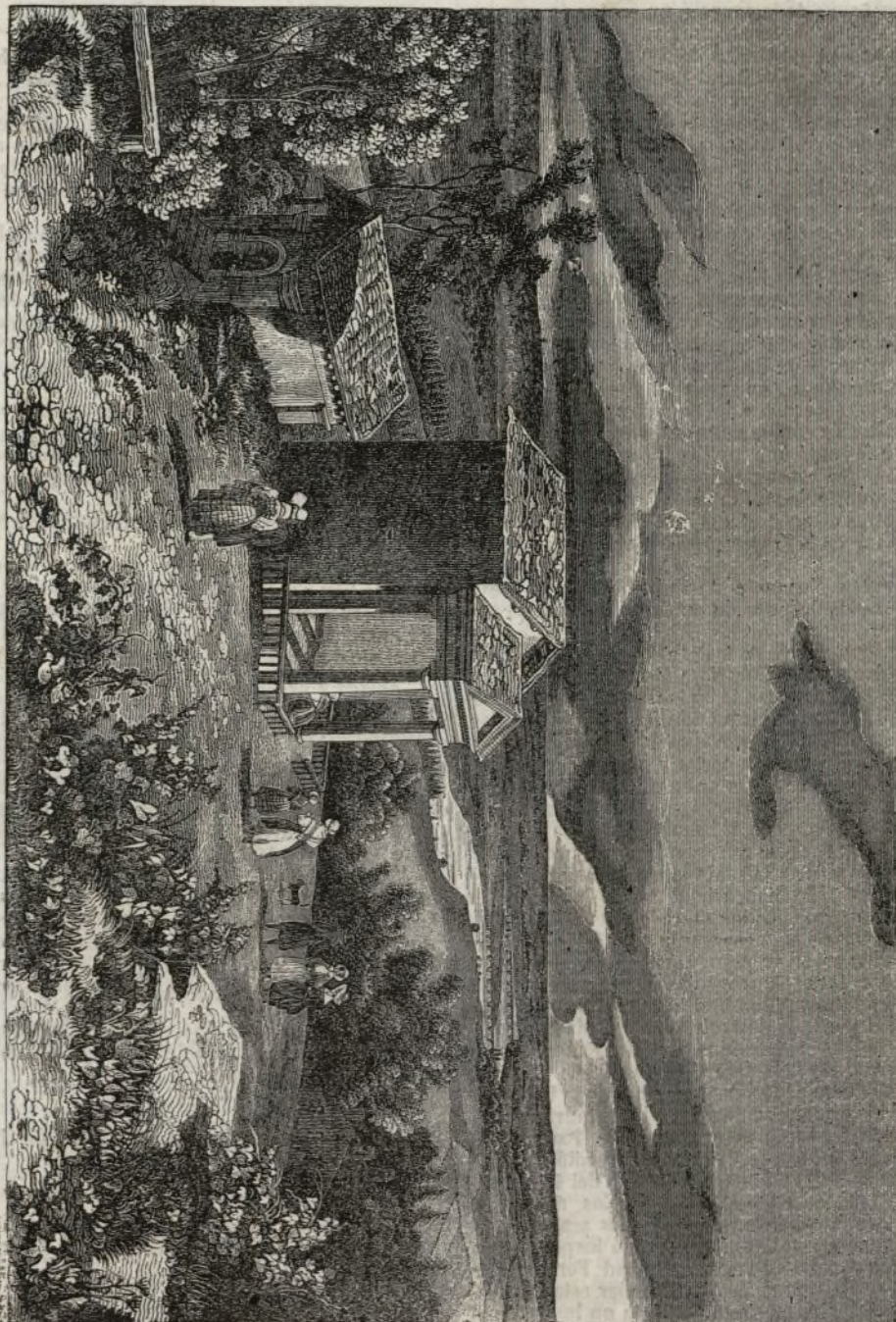
También le visitamos y en él supimos, que durante

los dos periodos de esplendor que disfrutó el calvario, muchos fervientes cristianos habian solicitado la gracia de reposar en paz en aquella mansion santificada por la cruz, y entre tantas tumbas como vimos, observamos

especialmente, la de Esteban Antonio de Bolonia, obispo de Troyes, la del obispo de Rodas, Carlos Andrés, y otros personajes de nota.

Agolado nuestro objeto de observacion, hicimos un

Vista del monte Valeriano.



saludo amistoso á nuestro anciano, y le manifestamos nuestro sumo agradecimiento por el buen servicio que acababa de hacernos; nos metimos en nuestro carruage,

y antes que oscureciera ya estábamos en París y en en nuestra casa muy satisfechos por haber visitado un monumento de tan gratos recuerdos históricos.